

Los libros de viajes medievales castellanos

Introducción al panorama crítico actual: ¿cuántos libros de viajes medievales castellanos?

RAFAEL BELTRÁN

Hace relativamente poco, un importante artículo de Miguel Angel Pérez Priego (1984) ponía sobre el tapete de la discusión la necesidad por parte de la crítica literaria actual de afrontar el tema —aparentemente en duermevela— de los libros de viajes medievales castellanos. Por fortuna, la casi excepcional labor divulgadora y crítica de Francisco López Estrada (1943, 1980, 1982, 1984a, 1984b, 1984c ...) nos había ido recordando incansablemente su presencia, manteniendo y suscitando nuevos intereses, al tiempo que nos acusaba con justicia del desconocimiento u olvido de un capítulo esencial de nuestra historia literaria (y no sólo de nuestra historia documental o social). El trabajo de Pérez Priego sugería por vez primera para el ámbito hispánico una propuesta de tipología o sintaxis narrativa de los libros de viajes, partiendo fundamentalmente de los estudios franceses en este campo, y en especial de la útil y descriptiva obra de Jean Richard (1981). Poco después, la difundida antología de Joaquín Rubio Tovar (1986), haciéndose eco de la propuesta de lectura crítica de Pérez Priego, significaba un loabilísimo intento de sumar a aquella propuesta primera la divulgación de unos textos en su mayoría dispersos, editados algunos antigua o extrañamente. El lector no especializado se hallaba, gracias a esta selección, con la posibilidad de hojear y confrontar, en un solo volumen, obras variopintas: desde algunos fragmentos de Benjamín de Tudela hasta ciertas muestras de los apasionantes viajes de la *Embajada a Tamorlán* o del *Tratado* de Pero Tafur, que aquí nos van a ocupar. Más lejos quedaba la valiosísima parte que Franco Merigalli (1957) dedicaba a estas y otras obras de la prosa histórica del XIV y XV, por no hablar del más reciente pero menos logrado intento de Barbara W.Fick (1976).

El elenco de libros seleccionados por J.Rubio nos servirá de punto de partida para justificar nuestra personal elección para el presente trabajo. Su antología recoge el *Liber Sancti Jacobi* de Aimerico Picaud (ed. A. Moralejo et alii, Santiago de Compostela, 1951), la *Fazienda de Ultramar* (ed. Moshé Lazar, Acta Salmaticensia, XVIII, 1965), el *Libro de Viajes* de Benjamín de Tudela (tr. intr.

y notas de J.R. Magdalena Nom de Déu, Barcelona, 1982), la «rihla» de Abu-Hamid, viajero granadino (tr. de C.E. Dubler, Madrid, 1953), el *Libro de las Maravillas* de Marco Polo (Juan Fernández de Heredia's Aragonese version of the «Libro de Marco Polo», ed. John Nitti, Madison, 1980), que recibe merecida atención en este mismo volumen por parte de Carmen González, el *Libro de las maravillas del mundo* de Juan de Mandevilla (ed. P. Liria Montañés, Zaragoza, 1979), el *Libro del conocimiento* (ed. Marcos Jiménez de la Espada, Madrid, 1877), la *Embajada a Tamorlán* (ed. López Estrada, Madrid, 1943), *El Victorial* (ed. J. de Mata Carriazo, Madrid, 1940), y el *Libro del infante don Pedro de Portugal* (Lisboa, 1962).

La antología parte, pues, de la selección de once obras representativas del género de la literatura de viajes. Pero no todas esas obras son propiamente de literatura española. Son, eso sí, como aclara el título, «libros españoles» (o hispánicos), libros producidos por escritores de la Península o ligados muy estrechamente a ella. Evidentemente era difícil hallar un título que unificara la obra escrita en hebreo por Benjamin de Tudela, la del árabe Abu-Hamid, o la del clérigo francés autor del *Liber Sancti Jacobi* (libro de viajes sobre España, pero en ningún caso español), incluyendo en el mismo grupo las de los autores propiamente castellanos. La solución por la que se ha optado nos parece válida: son libros que atañen a lo que hoy llamamos España. Pero no son todas ellas, desde luego, sino sólo algunas, obras de literatura española, y menos obras de literatura escrita en castellano, con lo que se va estrechando el círculo de la selección si en ella queremos incluir exclusivamente libros castellanos. Esta cuestión enlaza con la de la propia amplitud que debemos conceder a la acepción «libros de viajes». A Barbara Fick le cupieron bajo ese rótulo tan sólo tres obras (la *Embajada a Tamorlán*, *El Victorial* y el *Tratado* de Pero Tafur, o sea los textos originalmente castellanos, pero además no todos, sino sólo los estrictamente históricos), donde a J. Rubio le caben once. Pérez Priego se acercaba más al criterio restrictivo, y aunque señala la conveniencia de integrar los libros de viajes fingidos (desde el *Libro del conocimiento* hasta el *Libro del Infante don Pedro de Portugal*), excluía de la terna propuesta por B. Fick una obra: *El Victorial* (una exclusión a la que nos habremos de referir a continuación). El problema parece de distinción genérica, lingüística y de marco. Si queremos hablar solamente de libros de viajes históricos, escritos originalmente en castellano, habríamos de recortar la lista y quedarnos exclusivamente con la *Embajada a Tamorlán* y el *Tratado* de Pero Tafur. Y es que, como afirma Jauss —en un texto que recoge la misma antología de J. Rubio, 1986: 37)—, en la Edad Media trabajamos con «literaturas nuevas», que se crean; ningún principio humanista de imitación rigurosa, ninguna regla poética obligatoria las hace depender directamente de la literatura latina que les ha precedido». Sin embargo, también es cierto que, como propone F. Gómez Redondo en su trabajo sobre la «Terminología genérica en la *Estoria de España* alfonsí» (*Revista de Literatura Medieval*, I (1989), pp. 53-75), «el que (...) no existiera un sistema de géneros literarios establecidos no significa que tales preocupaciones no fueran ajenas a la labor creativa de una serie de autores, que aun no hablando de género, asumen

la tradición retórica latina para transformarla» (p.53). Asumiendo las conclusiones de F. Gómez respecto a que «la literatura medieval no ha perdido sólo obras y textos, sino también géneros literarios, es decir modos específicos de organización del pensamiento, creados por unos autores medievales para clasificar unas obras medievales» (p. 75), y aplicándolas a nuestro caso, podemos concluir que, aunque el libro de viajes medieval no existiera como género, una serie de obras como las que vamos a estudiar estaban forzando la necesidad de que se creara una determinada etiqueta retórica que las agrupara y singularizara. Parece adecuado adoptar la que recogía el autor de una de ellas: «*tratado de [las andanças e] viajes*». Conociendo la equivalencia medieval entre «tratado» y «libro», y modificándola en el sentido de una categoría generalmente aceptada y más conocida, hablaremos, en vez de «tratados de viajes», de «*libros de viajes*».

Razones de espacio y de especialización nos han obligado a realizar también una personal elección respecto a qué libros incluir en nuestro trabajo. Parecía indiscutible que el cuerpo central tenía que quedar constituido por la *Embajada a Tamorlan* y el *Tratado de Pero Tafur*, únicos libros que cumplen estrictamente con la triple regla de ser originalmente escritos en castellano, ser históricos y ser libros de viajes. Nos hemos permitido, sin embargo, incluir un capítulo sobre el *Libro del conocimiento*, puesto que la tradición literaria ha venido reconociéndolo como libro de viajes. Precisamente por dejar de cumplir con la segunda regla, la historicidad, el *L.C.* ilustra perfectamente el tema de las influencias recíprocas entre viajes reales y viajes imaginados en la Edad Media. Finalmente, hemos dedicado un capítulo a justificar nuestra opinión de que *El Victorial*, pese a estar sin duda relacionado con los libros de viajes y utilizar en ocasiones procedimientos literarios comunes, no debe ser catalogado dentro del grupo. No nos ha parecido excesivo, sino más bien casi obligado, el dedicar ese breve capítulo a la obra, teniendo en cuenta que, como veremos, algunos de los aspectos comentados sobre ella enlazarán con las características —comunes al género historiográfico y específicas del libro de viajes— estudiadas en el siguiente apartado, dedicado a la *Embajada a Tamorlan*.

1. UN VIAJE FICTICIO: EL LIBRO DEL CONOCIMIENTO COMO MANDEVILLE ESPAÑOL

El *Libro del conocimiento de todos los reinos e tierras e señoríos que son por el mundo, e de las señales e armas que han cada tierra e señorío por sy e de los reyes e señores que los proveen*, fue publicado, con sabrosas —si bien a veces confusas y discutibles— notas eruditas por Marcos Jiménez de la Espada (1877), que realizó su edición a partir de los tres manuscritos hasta el momento conocidos de la obra. Un intento posterior por difundir más ampliamente el texto de este «tratado originalísimo que ... resume los progresos en el conocimiento de la tierra a mediados del siglo XIV» (Jiménez, 1877: 9) ha estado a cargo de Francisco López Estrada (1980), quien ha presentado una bella reimpresión de aquella valiosísima edición primera. Ha sido Peter E. Russell (1979, 1981 y 1987), sin

embargo, quien ha realizado una más actualizada revisión de algunos de los principales problemas que afectan al conocimiento de la obra y propuesto nuevos enfoques para el estudio de la misma. Comenzando por el tema de la transmisión del texto, Russell (1987: 688-89) añade, gracias a su rastreo personal, la existencia de un nuevo manuscrito de la obra —no conocido por Jiménez de la Espada—, proveniente nada menos que de la biblioteca de Zurita y anotado por el historiador aragonés, manuscrito que podría ser más antiguo y valioso que los otros utilizados por aquél. El hallazgo ya de por sí justificaría la necesidad de una edición crítica del L.C., que además de fijar definitivamente el texto, ordenara y actualizara, tras más de un siglo, las notas de Jiménez de la Espada. La publicación de las traducciones hispánicas de los textos de Marco Polo (la versión aragonesa, citada *supra*, de John Nitti, la catalana, *Viatges de Marco Polo. Versió catalana del segle XIV*, ed. A. Gallina, Barcelona, 1958; la castellana de Rodrigo de Santaella, *Libro de las cosas maravillosas de Marco Polo*, Sevilla, 1518 [1503], ed. Rafael Benítez Claros, Madrid: Sociedad de Bibliófilos Españoles, XX, 1947 [reimpreso en Barcelona-Palma de Mallorca: Olañeta, 1982, con prol. de Stéphane Yerasimos], y en la versión anotada por Cristóbal Colón, ed. Juan Gil, Madrid: Alianza, 1987) y de la tradición de Mandeville (la ya citada ed. del ms. aragonés de P. Liria; la castellana: *Libro de las maravillas del mundo*, Valencia, 1524, ed. facsímil a cargo de J.E. Martínez Ferrando, 2 vols. Madrid: Colección Joyas Bibliográficas, 1958-60; más la sospecha de existencia de una versión catalana de la obra [vid. Hauf, 1989, p. 57, n.]), así como la confrontación con los de mapas editados como el de Abraham Cresques (*El Atlas Catalán de Cresques Abraham*, Barcelona: Diafora, 1975), y otros como los de Dulcert (1339) o Soleri (1385) (vid. Gabriel Marcel, *Choix de cartes et de mappemondes de XIVè et XVè siècles*, Paris, 1896), darían consistencia suficiente a un aparato de notas que confrontasen las lecturas del L.C. con estas obras. En este sentido nos parece modélica una edición como la reciente —al escribir estas líneas— de Albert Hauf sobre *La Flor de les Histories d'Orient de Aitò de Gorigos* (Barcelona: Centre d'Estudis Medievals de Catalunya). Hauf, a quien hemos de agradecer su amabilidad por habernos permitido su consulta aún antes de su distribución utiliza provechosamente, para el comentario de diversos fragmentos de la obra, la confrontación con el L.C., llegando a afirmar que éste último «sembla haver-se beneficiat dell llibre que editem» (p.53), nota que sugiere una nueva fuente y que hay que tener en cuenta a la hora de emprender nuevos acercamientos al L.C.

Pero vayamos con la revisión que, como hemos dicho, hace Russell de algunos de los pocos datos que parecían seguros de la obra: condición, origen y fecha de nacimiento del autor, así como fecha de composición de la obra. Desde Jiménez de la Espada se ha dado por sentado que la autoría de la obra correspondería a un anónimo fraile franciscano, atribución basada en la noticia que dan del L.C. los autores de *Le Canarien* (la obra estudiada por Dolores Corbella en este mismo volumen) Russell (1987: 688-89) opone varios interrogantes a dicha autoría: ningún comentario hallamos en el texto que apoye la hipótesis de una obra escrita por un religioso; y si bien de la parquedad de

«extroversiones» de tipo religioso tampoco debemos inferir nada concluyente, en una obra de este tipo, respecto a un obligado laicismo del autor, parece extraño que, en el caso de haber sido éste franciscano, hubiera suprimido del texto toda huella de su condición. Los manuscritos que conocemos omiten el dato de la autoría, que sólo nos proporcionan los escribanos de la crónica francesa, lo que hace pensar que a ellos les pudo ser transmitido —o inventaron para dar mayor autoridad a su relato— el tópico del franciscano misionero que había viajado a los confines del mundo. Parecida duda se podría arrojar sobre la veracidad de la fecha de nacimiento del autor, ésta sí aparatosamente anunciada de siete maneras —según las siete edades del mundo—. Señala Russell que: «aquí sólo sirve para introducir la noticia banal y posiblemente falsa de que nuestro anónimo autor nació en Castilla el 11 de septiembre de 1304. Es sospechosa la contradicción entre esta insistencia del autor de la fecha exacta de su nacimiento y el silencio absoluto que guarda acerca de su nombre y del lugar donde nació. ¿Será que no se atrevía a identificarse porque, al haberlo hecho, no hubiera habido manera de evitar que sus conocidos y coetáneos se diesen cuenta de que sus supuestos viajes por el mundo en realidad sólo tuvieron lugar dentro de su escritorio?» (p.690). Igualmente, Russell pondrá en nueva duda, con sólidos argumentos, que el autor fuera sevillano, hipótesis deducida del hecho de iniciar y concluir su viaje en Sevilla: además de caer en contradicciones impropias de un andaluz (como la de decir que Gibraltar era a la sazón castellana), lo cierto es que la salida y llegada desde y hasta Sevilla era la más lógica, habida cuenta de que se trataba del principal puerto castellano. Y una precisión más hará Russell (1987: 691-92), en lo que respecta a la fecha de composición de la obra. La referencia a la derrota de Abu-l-Hasan cerca de Kairuán (Túnez), en 1348 (es el «alcarahuan» del L.C., 41-42), había hasta ahora señalado el **terminus post quem** de la obra. Pero dicha fecha habría de ser aplicada en todo caso al mapa (o mapas) de donde procede la obra, y que sería lógicamente algunos años anterior a ella. El único **terminus ante quem** seguro, por otro lado, es la fecha de escritura de *Le Canarien*, donde el L.C. es mencionado. Russell se atreve, teniendo en cuenta estos escasos datos, a fijar provisoriamente una fecha de composición entre el quinto y el sexto decenio del siglo.

El L.C. comienza con una descripción de Castilla, con sus veintiocho ciudades, cuatro «montes» (cordilleras), seis ríos, etc. A continuación, pasa de un modo bien simple («me partí...») a viajar por otros reinos de Europa: Portugal, Navarra, Francia, Alemania, Frisia, Gotlandia, Sajonia, Alemania la Alta, Polonia... El mecanismo de la descripción geográfica es muy sencillo: ciudades, ríos, cordilleras, lagos o mares, banderas del lugar son elementos preceptivos y reiterados. A veces se detendrá, además, en instituciones destacables (por ejemplo, los Estudios de artes liberales de Tolosa), o reparará en ciertas maravillas antropomórficas o de la naturaleza zoomórfica, que alegran (y marcan con perspectiva los reinos lejanos) la monotonía del relato; son los «*blemmyas*» o cíclopes en Noruega («*gentes que han las cabeças fixas en los cuellos (...) pero non los vy*»), el artúrico lago encantado inglés, o los árboles de frutos que, al madurar, extienden sus alas y se lanzan a volar como «*aves muy gordas*», que ya

citaba Mandeville, orgulloso, como propios de su tierra y que mencionará también el autor de *El Victorial* (vid. infra).

La segunda salida de la Península se realizará desde el reino catalano-aragonés (con su divisa de «nueve bastones amarillos e bermejos»). Deja Barcelona, para hacer el itinerario de Narbona, Montpellier, Aviñón, Marsella, Mónaco, Génova, Lombardía, (en ella, «Boloña, morada de filósofos»). De allí a Pisa, Florencia, Roma, Nápoles, Sicilia y, por Brindisi, hasta Venecia. De ésta a Esclavonia y por Esclavonia (Albania y Yugoslavia) a Grecia, Candía (Creta), Rodas y, siguiendo la costa oriental del Egeo, hasta Constantinopla. Luego Chipre, Siria, Jerusalén, Egipto (El Cairo y Alejandría). Desde Libia pasará a Túnez y de allí, por Cerdeña y Córcega, de regreso a Mallorca.

En la tercera salida descende definitivamente al continente africano: Bugia, Ceuta, Fez y Marruecos (que describe como la antigua Cartago, confundiéndola evidentemente con Túnez). Su paseo por el Africa Negra, la llamada «tierra de negros», le lleva hasta el Sahara y después, en línea recta hacia el Oriente una caravana de camellos —según dice— le conducirá hasta el Sur de Libia y Egipto (lo que él llama Etiopía) y Angola (que correspondería al norte del Sudán). Allí se detendrá en dar algunas explicaciones sobre el mítico río de Oro (uno de los brazos del Nilo) y el reino del Preste Juan. La descripción —a partir de los datos que dice conocer— del Paraíso Terrenal es magnífica: *«dixeron me omes sabios que eran vnos montes tan altos que confinan con el círculo de la luna e que nunca oyeran dezir que ome que alla subiese (...) e dixeron me que estos montes eran todos çercados de pielagos muy fondos de agua que dellos desçiende, de los quales pielagos salen quatro Rios los mayores del mundo (...) e las aguas que de los dichos montes descienden fazen muy grande Ruydo que a dos jornadas suenan el son de las aguas e todos los omes que çerca moran son todos sordos que non se oyen unos a otros del Roydo de las aguas, e en todo tiempo da el sol en aquellos montes quier de noche quier de dia (...) porque la meitad destes montes son sobre el orizonte e la otra so el orizonte»* (p.65).

Siguiendo el dictado de la cartografía medieval, que hacía surgir de estos fabulosos montes del Paraíso los ríos Ganges, Tigris y Eufrates (además del Nilo), no será extraño ver a nuestro fraile desplazarse fácilmente desde el reino de Madagascar hasta el mar de la India. Allí hablará de Babel, Babilonia, Nínive («la ciudad destruida por el pecado sodomítico»). Después de recorrer Arabia («la provincia de Saba», donde nació Mahoma), nuevo salto hacia las antípodas, esta vez hasta la isla de Java, donde las descripciones de animales fantásticos (grandes grifos y cocodrilos) se incrementan. El regreso será efectuado por Cataia, la Tartaria, Persia, Turquía, Grecia, Ucrania, Gotlandia y Flandes: *«e dende vim me para seuilla donde sali primera mente»*.

J.Rubio (1986: 65-67) resalta y aprecia la inclusión en el L.C. de «datos científicos», como la teoría de los océanos y los climas (p.16); el reconocimiento de lugares conocidos de la historia sagrada (el Mar Rojo o la Torre de Babel, en p.70), o de episodios ligados a caudillos, como Alejandro Magno, y héroes, como Jasón; también destaca las pocas notas sobre el comercio con los países asiáticos... A pesar de estas notas científicas y realistas, el autor cae en la creencia

de maravillas como los cinocéfalos —«*e yo vi uno dellos...*» (p.86)—, hormigas gigantes almacenadoras de oro, o los ya comentados árboles «wack-wack», que dan frutos que son animales vivientes (para su origen vid. Richard Barber and Anne Riches, *A Dictionary of Fabulous Beasts*, Ipswich, 1975, p.150, e incluso Jorge Luis Borges, *El libro de los seres imaginarios*, Barcelona: Bruguera-Alfaguara, 1979, p.56; más datos se pueden encontrar en el estudio de Carmen Manuel, «Elementos fantásticos en los *Viajes* de Juan de Mandeville», *Atlantis*, VIII (1986), pp. 21-35).

Si hablamos de recursos literarios y estructura de la obra, también ha sido Rubio (1986: 67-69) quien ha destacado que, pese a tratarse de una obra expositiva y falsamente testimonial («el franciscano eligió el procedimiento del itinerario y la primera persona para exponer la teoría, pero no consigue disimular el fondo libresco, de experiencia no vivida que tiene la obra»), sin embargo participa de algunos procedimientos narrativos comunes a otros libros de viajes. Entre ellos destaca las analepsis («*de Constantinopla de que adelante contaré*», p.31), las noticias contadas (aunque muchas falsas) e incorporadas al texto («*en esta cibdat ... me dixeron...*», p.67) y la inclusión de leyendas como la del Preste Juan (p.63), o la de Gog y Magog (p.80), cuyo origen ha estudiado recientemente Pilar Gracia (1989), centrándose y profundizando justamente en la memoria que ofrece el L.C.

Pero hablar de procedimientos narrativos obliga a hablar de sus dos principales características como texto didáctico y narrativo: la seudohistoricidad y la autobiografía (de otro lado, la estructura de la obra estará mediatizada por el papel de la heráldica, como comentaremos al final de este capítulo). Incluso al lector menos avisado que se enfrentara, sin introducción previa alguna, a la lectura de esta originalísima obra, le asaltaría a las pocas páginas una duda hoy resuelta: ¿es el viaje que cuenta el supuesto fraile andaluz verdadero o falaz? Pues el autor utiliza el «yo» autobiográfico (esa primera persona que de nuevo veremos al servicio del relato en el *Tratado* de Pero Tafur) en apoyo de un viaje que en principio no tendríamos por qué cuestionar: «*party del Reynado de castilla e fuy al Reynado de portogal e falle en el quatro çibdades grandes...*», «*partí de portogal e fueme por la marisma del mar oçidental a la prouinçia de gallizia...*», «*partí de bayona e entre por navarra, vn rreynado muy viçioso*», «*partí de navarra e atrauese los montes perineos...*». Especifica además, en ocasiones, el medio de navegación: «*entre en una nao e pase a una isla que dizen gotlandia...*», «*partí de Noruega en una nao de ingleses*», «*conteçio que yo estando en irlanda salio dende una nao para españa...*». Pero las sospechas contra la veracidad del fugaz viaje del anónimo autor (fugaz, pues recorre, como anuncia en el título de su obra, «*todos los reinos del mundo*» conocido en apenas cuarenta folios del códice, quedándose todavía espacio para dibujar las divisas o banderas de esos reinos) se agravarán cuando leamos su relato de cómo se traslada del poniente al levante del continente africano en camello, cuando nos empiece a hablar del río de Oro, del Paraíso, del reinado de Preste Juan, cuando contemplemos su pirueta magnífica de cruzar desde Madagascar al reino de la India...; sus errores son de bulto, incluso en zonas más conocidas como la Mediterránea: ofrece Bosnia

como nombre de cordillera, o ubica Creta como ciudad de la isla de Rodas, proponiendo una imposible ruta por este mar.

Pese a estas claras muestras de fantasía, todavía el mismo Jiménez de la Espada (1877: iii-ix) salía en defensa del autor contra quienes le habían tachado de «necio y embustero», dolido en concreto por las palabras de «cierto escritor francés, que no es amigo mío... [que] me impuso la penitencia de un artículo, a la verdad todo menos lisonjero para quien, como yo, estrenaba entonces su erudición de bibliófilo». Este autor poco amigo era Morel-Fatio. Contra el gran crítico francés, nuestro erudito argumentaba que los viajeros de 1402 que, capitaneados por Juan de Bethencourt, descubren las Canarias y la costa africana, seguían el L.C. como ruta de viaje. Podemos matizar hoy su argumentación y ver claramente que algunas partes del L.C. se incluyen como apéndice de *Le Canarien* para apoyar, con ayuda de una autoridad, la idea de que la conquista de las Canarias —y posteriormente la de grandes regiones africanas—, era una empresa práctica y con posibilidades de realización. Sin negar que los autores de la crónica creyeran a pies juntillas las palabras del L.C. (¿acaso Colón no seguía lecciones de Marco Polo, pero también a veces de las patrañas de Mandeville?), lo cierto es que éste no les sirvió de ruta, como pretendía Jiménez de la Espada, y que su argumentación carece hoy del menor sentido (vid. al respecto Bonnet y Reveron, 1944; y Russell, 1979 y 1981, donde calibra el posible papel de la obra en los primeros descubrimientos portugueses).

La cartografía medieval sumaba anotaciones y hasta dibujos de interés antropológico o etnológico a las indicaciones meramente topográficas. Plasmaba así sobre el mapa los sueños y fantasías de la época sobre lugares exóticos (quimeras cimentadas científicamente desde la *Historia natural* de Plinio, Estrabón, etc.), al lado de certezas y hallazgos progresivamente más y más adecuados a la realidad. Si el autor del L.C. mantiene su ficticio «yo» narrativo es en apoyo didáctico de su obra, verdadero compendio geográfico y heráldico de su época. La fuerza del «yo» liga las partes de la descripción. El estatismo del mapa camina gracias al dinamismo del relato (como parecen caminar ciertas zonas de las cartas donde se nos cuentan los preparativos que realiza una caravana antes de atravesar el desierto ...) en una hábil y original estrategia didáctica, solamente comparable a la del mismo Mandeville (para un repaso bibliográfico sobre el problema de la experiencia personal y ficción fantástica en éste, vid. el citado art. de Carmen Manuel, (pp. 23-24). De hecho, el mismo Jiménez de la Espada (1877: 126) reconocía que muchas de las noticias y leyendas, parte de los errores e incluso alguna frase literal coincidían con los mapas de la época (los de los hermanos Pizigani, de 1367, o el catalán de 1375). Hyde (1982-3: 144-46) ha confirmado la sospecha de una fuente cartográfica: «It is not difficult to show ... that most of his journeys are imaginary and have been constructed by the use of a contemporary map, probably one of Catalan origin. The inclusion of the flags of all nations, many of them invected, is significant, since these were portrayed on such maps». Y en efecto, basta acudir al mapa catalán de Angelino Dulcert (1339), o a la carta mallorquina de Abraham Cresques (1375) [Venecia, 1375], nor no hablar de otros posteriores (el famoso *manamundi* de Fra Mauro [Venecia,

1459] incluye todavía muchas de las bestias fantásticas mencionadas; o la carta marítima del Mediterráneo y Mar Negro, de Gabriel de Vallsech[a] [Mallorca, 1447], donde las divisas siguen destacándose claramente) para encontrar que las banderas y divisas son un elemento visual y distintivo característico de los reinos plasmados. Recordemos que, como nos confirma John J. Nitti (1980: xi), la traducción catalana del *Libro de las maravillas* de Marco Polo ya estaba directamente relacionada con el atlas de Abraham Cresques.

Russell (1987: 692) habla de que «se percibe un concienzudo intento por parte del autor de aproximarse a la lengua ingenua, formulista y carente de matices que usaban los cartógrafos medievales en las «leyendas» informativas que solían esparcir en forma escrita por la superficie de sus mapamundis». Hyde destaca el conocimiento por parte del autor de las costas (donde los portolanos podían ser de mayor ayuda) por encima de los interiores. Sin embargo, al lado de apreciaciones relevantes sobre litorales como el del Báltico, tiene errores imperdonables —debidos a malas lecturas del mapa— como el de pensar que el salto de Inglaterra a Irlanda es de tan solo una milla. Hyde calibra asimismo como relativamente recientes y positivos sus conocimientos sobre el Noroeste africano, aunque inaceptable, claro está, su pretensión de alcanzar el Nilo directamente desde la costa oeste africana. Respecto al Este, el L.C., en opinión de Hyde, se mostraría independiente de la geografía tradicional, en cuanto que queda abierto a los nuevos descubrimientos y noticias de viajeros y misioneros. Y aunque su descripción de Catai no tenga que ver con Marco Polo o con Odorico de Pordenone, se muestra ya convencido de que Catai está al otro extremo de la cara de la tierra en la línea de España. El hecho de incluir un doble itinerario para ir hasta China demostraría más definitivamente que pudo obtener información oral de comerciantes.

La última palabra en cuanto a relación del L.C. con la cartografía de la época la tiene nuevamente Russell (1987: 692). Rechaza, pese a las semejanzas evidentes, el conocimiento por parte del autor del mapa de Abraham Cresques. Ambas obras son difíciles de conciliar en algunos aspectos: noticias de Asia, conocimiento de datos proporcionados por Marco Polo y Odorico de Pordenone en el atlas mallorquín (pero no en el L.C.), etc. No sería preciso fijar una fuente determinada para la obra, puesto que los mapas conservados son sólo una corta muestra —especialmente notable por la ornamentación— de un género que floreció en el XIV y XV y del que se tiene que haber perdido casi todo. Russell concluye, por tanto, con que «la importancia del LdC para la historia de la cartografía en el siglo XIV reside en el hecho de que prueba la existencia (y nos da acceso a su contenido) de uno de aquellos costosos mapamundis desaparecidos dibujados entre hacia 1348 y la época en que florecían los Cresques». Y apostilla una sugerente hipótesis: «No excluyo la posibilidad de que se trate de una obra fabricada por el mismo Abraham Cresques en sus desconocidos años de aprendizaje, pero tal conjetura carece enteramente de apoyo documental».

El mismo Russell (1987: 693-94) ha insistido, finalmente, en la importancia de un aspecto olvidado o poco atendido hasta el momento de la obra: la heráldica

(con la correspondiente parte gráfica). La misma estructura del *L.C.*, en múltiples y breves secciones, está determinada por la heráldica. La descripción de cada reino o país culmina —o es interrumpida— con la inclusión de la bandera correspondiente. La misma extensión de cada «relato» o descripción geográfica debe ser ponderada en relación con las «leyendas» de los mapas, de manera que será incluso a veces mayor para regiones remotas (o inventadas), porque en la cartografía el espacio de escritura permitía una mayor amplitud para los textos. Pero, además, en la cartografía medieval la geografía política no era indicada por la delimitación de fronteras, como en la actualidad, sino por el signo identificativo de las banderas, colocadas casi siempre sobre viñetas estereotipadas que representaban una ciudad (tres torres solían indicar la capitalidad). En el caso de países desconocidos, el cartógrafo inventaba esas banderas —como hace el *L.C.* con varios países del África negra—. En conclusión, la materia heráldica no es un aspecto marginal, sino esencial de la obra, e «indudablemente copiada de un mapamundi perdido, ofrece también una nueva prueba de que la obra entera representa un osado intento de reproducir en prosa narrativa el contenido de semejante documento geográfico» (p.694). Para Russell (1987: 695), finalmente, la faceta heráldica es la que justifica la apreciación del *L.C.* durante el XV (siglo del que datan todos los manuscritos conocidos): «es del todo improbable que nadie leyese el *LdC* como libro de entretenimiento en una época en que había a disposición de los lectores relatos verdaderamente atractivos de viajes auténticos o fantásticos». Durante el XV, la obra podía haber perdido algo de su valor como manual geográfico, pero los datos que ofrecía como manual heráldico no se habían apenas modificado, y en ese sentido el valor de la obra continuaba siendo inapreciable.

Para Hyde (1982: 146-47), el *L.C.* marcaría un paso significativo hacia un próximo dibujo del mundo en el que se unieran noticias coetáneas (de mercaderes y misioneros) y tradición geográfica escrita. Fue escrito en un momento decisivo, en el que el goteo de información de primera mano llegaba a su fin, y la caída del Imperio Mongol iba a hacer el viaje al Este cada vez más difícil. La conclusión es importante: los viajes imaginarios, como el del *L.C.*, contribuyeron a tender un puente entre la información diseminada y el interés estimulante por lo desconocido. Para Hyde, la lectura del *L.C.* se enmarcaría dentro del aumento de un público lector de libros de viajes tanto reales como imaginarios. Lo mismo que, en 1298, las experiencias viajeras de Marco Polo hubieron de ser parcialmente disfrazadas de libro de caballerías para atraer a un mayor público lector, el elemento de fantasía —que en el *L.C.* castellano se viste de autobiografía— fue probablemente necesario para competir o ponerse a la altura de los populares «Mandevilles» de la época y mantener vivo el interés por la materia. En definitiva, este es el aspecto literario que más puede atraer todavía en el texto al lector medianamente especializado de nuestros días. Nuestra tradición literaria, tan escorada desde siempre hacia el realismo, no tuvo viajeros fantásticos, no tuvo «Mandevilles», sino viajeros de carne y hueso, desde los embajadores a Tamorlán hasta Cristóbal Colón. Por eso nos hemos atrevido —jugando con el título del clásico artículo de W. Entwistle, «The Spanish Mandevilles», *Modern*

Language Review, XVII (1922), pp. 251-57— a calificar al L.C. con el título de «Mandeville español»: verdaderamente lo merece.

2. LAS RAZONES DE UN DESCARTE: *EL VICTORIAL* COMO LIBRO DE VIAJES Y COMO BIOGRAFIA

La persistencia con que algunos estudiosos (en concreto, Fick y Rubio, y también, aunque no tan decididamente, Meregalli [1957]) incluyen *El Victorial* entre los libros de viajes medievales castellanos, mientras que otros (como Pérez Priego) argumentan sus razones en contra de esta inclusión, deja planteada la duda sobre si es posible caracterizar la biografía de Pero Niño, conde de Buelna, dentro del grupo. Por ello, y por mi propia dedicación a la obra, de la que preparo una edición crítica, me parece necesario dedicar un pequeño espacio al tema, aunque esa misma especialización en *El Victorial* me obligue a contenerme y a no dedicarle en este trabajo la atención que se merece. Espero que esa insuficiencia de tratamiento —con el único fin de evitar incursiones reiterativas en la obra— se halle justificada y, en parte, suplida por las remisiones bibliográficas que realizaré. Así pues, me limitaré a intentar explicar ordenadamente las razones de este descarte.

Las palabras de Pérez Priego (1984: 220, n.) nos servirán para entrar directamente en materia: «A nuestro entender no deben incluirse en él [i.e., en el corpus de referencia de libros de viajes medievales], frente a lo que algunas veces se ha hecho (...), libros de carácter biográfico y cronístico como *El Victorial* de Gutierre Díez de Games, donde el viaje no constituye sino un episodio más de los hechos de armas emprendidos por el protagonista. El que en las crónicas, reales o particulares, así como en los libros de caballerías, aparezca con reiteración el motivo del viaje no autoriza, sin embargo, a considerarlos inscritos en la misma serie de los relatos de viajeros, dado que sus procedimientos narrativos son notoriamente diferentes».

El viaje no constituye, en efecto, más que un episodio dentro de *El Victorial*, aunque eso sí, episodio —o, mejor, conjunto de episodios—, central y de suma importancia. La biografía heroica de Pero Niño, conde de Buelna, está dividida en un largo Proemio y tres partes. El Proemio constituye una heterogénea unión de historias ejemplares y doctrina caballeresca. Las tres partes contienen, quitando algunas excusas y digresiones, la biografía heroica del conde. De estas partes, la segunda y la más larga (alrededor de 200 páginas en la edición citada *supra* de Carriazo, 1940), es la que pudiera hacer pensar en la posibilidad de que *El Victorial* recibiese el marbete de libro de viajes. Está dedicada a las campañas marítimas que Pero Niño realizó durante su juventud, siendo capitán de la flota castellana, entre 1404 y 1406: por el Mediterráneo, primero, en persecución de los corsarios que entorpecían el libre comercio castellano; y por el Atlántico, después, ayudando a los franceses en su lucha contra Inglaterra por el dominio del Canal, atacando diversos puntos de la costa sur inglesa y de Cornualles.

El viaje y hazañas de Pero Niño por el Mediterráneo y el Atlántico no

consiste, por tanto, en sencillamente un capítulo más de *El Victorial*, sino que abarca casi las dos terceras partes de la obra y se erige como núcleo narrativo principal de la misma. El hecho de que sólo tres años de la vida de Pero Niño ocupen más de la mitad de la biografía es algo que debe ser explicado más global y profundamente, teniendo en cuenta el contenido de toda la obra, pero obviamente está relacionado con el deseo de dar prioridad narrativa a los hechos de la vida del conde que más cercanos se hallaban de la visión «heroica» que del personaje pretendía dar el autor: hechos de armas, habidos en lugares muy distantes para el castellano del XV (las islas italianas o la costa africana) y, sobre todo, amén lejanos —y casi remotos—, indudablemente exóticos (Inglaterra y Gales).

Pero se trataría ahora de dilucidar si ese núcleo central de la obra puede catalogarse como libro de viajes, o por el contrario el viaje es sólo un elemento circunstancial del mismo. Porque Pero Niño también lucha en Portugal, por poner un ejemplo, o en la frontera de Granada, sin que a nadie se le haya ocurrido mencionar estas expediciones como propias de un libro de viajes. De ser un libro de viajes habría de cumplir como mínimo con las características propuestas por Pérez Priego para el género. Veamos si es así:

2.1. El itinerario

«En el libro de viajes la narración se articula básicamente sobre el trazado y recorrido de un itinerario, el cual constituye la urdimbre o armazón del relato. De modo semejante, por ejemplo, a la sucesión de reinados o el sistema de anales en el género cronístico» (Pérez Priego, 1984: 220). La narración de la biografía de Pero Niño se articula, no sobre un itinerario (a no ser que se entienda alegóricamente el transcurso de una vida como el recorrido de un largo viaje...), sino sobre un esqueleto narrativo biográfico, común a otras biografías medievales, tanto históricas como de ficción, algunos de cuyos elementos fueron definidos ya por José Luis Romero («Sobre la biografía española del siglo XV y los ideales de vida», *Cuadernos de Historia de España*, I-II, [1944], pp. 115-38) y he intentado aplicar yo mismo a la obra («Novelar la historia: apuntes sobre la prosa castellana del XV», *Monteolivete*, I (1984), pp. 67-77; y *Un estudio sobre la biografía medieval castellana: la realidad histórica de Pero Niño y la creación literaria de «El Victorial»*, Tesis Doctoral, Valencia: linaje, augurios anticipativos, educación, primeras armas, retrato, primeros amores, etc. Ahora bien, de nuevo centrándonos en la segunda parte, es evidente que en ella se sigue el itinerario de unas determinadas rutas marítimas y terrestres, en cumplimiento de una misión militar determinada, del mismo modo que lo siguen los viajeros de la *Embajada*, en su caso en cumplimiento de una misión diplomática. Sin embargo, no es el viaje en sí, con un destino prefijado, el que motiva y prescribe el itinerario. Éste va cambiando a tenor de las circunstancias (la carencia de víveres o de agua, las noticias sobre la cercanía de una nao de piratas hacen variar la ruta), de manera que podemos decir que no es el itinerario la verdadera armazón del relato, sino el medio para relatar el paso de una acción de armas a otra. Estas hazañas de armas son las que articulan la secuenciación del relato. Y si existe una recreación a la

hora de detenerse en determinados detalles del viaje, y especialmente de la navegación, es porque coinciden estos momentos con los de «lucha» contra la naturaleza (tormentas, nieblas maravillosas...), es decir con momentos que revisten situaciones críticas y exigen comportamientos esforzados (elevados a heroicos por el autor).

2.2. El orden cronológico

El narrador del libro de viajes se ve obligado a rendir cuenta, de manera más o menos puntual, del desarrollo y de la historia del viaje: «No se trata —dice Pérez Priego (1984: 223)— de una absoluta dependencia del tiempo, como ocurre en la crónica o en la biografía, pero sí de enmarcar en un cuadro cronológico las andanzas viajeras». Ese orden cronológico puede hacerse o no explícito. La *Embajada* sí lo hace: «*Domingo siguiente que fueron quatro días del dicho mes de mayo, llegaron a la çiudad de Arzinga (...) Otro día, lunes, el señor de aquella çiudad (...) E martes siguiente non les fezieron fiesta (...) Otro día, miércoles siguiente (...) estovieron (...) fasta jueves que fueron quinze días del dicho mes de mayo, que partieron de allí...*». Las indicaciones serán mucho más esporádicas e imprecisas en el *Tratado* de Pero Tafur: «*estovimos allí tres días...*», «*en Roma estuve toda la quaresma...*», etc. Y no podremos justificar esa falta de datación con el argumento de que el libro se redactó catorce o quince años después del viaje, porque es razón demás para pensar que Pero Tafur compuso su obra sobre unas notas exactas y casi con toda probabilidad fechadas, aunque luego eliminaría, por improcedente o farragosa, tal datación.

En el caso de *El Victorial* ocurre algo semejante. El autor trabajó indudablemente sobre un diario de viaje realizado durante las campañas bélicas, como el que transparenta la redacción de la *Embajada a Tamorlan* y como el que seguramente pergeñó Pero Tafur. Aunque una sola vez en toda la obra —excepción que confirma una regla— hay datación temporal («*mediado el mes de mayo...*», V, 102), pasajes innumerables nos certifican la convicción de que Gutierre Díez de Games tuvo que utilizar una redacción coetánea a los hechos relatados, redacción que coincidiría aproximadamente con lo que conocemos como un diario de campaña. Fue la historiadora M^a Teresa Ferrer i Mallol («*Els corsaris castellans i la campanya de Pero Niño al Mediterrani (1404). Documents sobre El Victorial*», *Anuario de Estudios Medievales*, V (1968), pp. 265-338), quien propuso la idea del «diario de a bordo» o de campaña: «*Resulta difícil de creure que l'exactitud de la informació i la precisió dels detalls que trobem en El Victorial siguin producte només de l'excel·lent memòria del cronista, que escriví de 31 a 44 anys més tard dels fets que relata. És probable que Díez de Games utilitzés com a recordatori o com a base de treball algun diari seu, on ell mateix hauria anotat les coses que li cridaven més l'atenció durant les campanyes amb Pero Niño, a potser el diari de la galera d'aquest, que bé hauria d'existir*» (p. 311). En efecto, posteriores estudios, como el de Anna Unali (*Mariners, pirates i corsaris catalans a l'època medieval*, Barcelona 1985), basado en documentación de archivo, demuestran la existencia obligatoria de un escribano en la tripulación de

las galeras. Se dedicaría no sólo a llevar la «contabilidad» de la nave, sino también a dejar constancia, con mayor o menor pericia, de los avatares propios de la navegación —fechas, puertos, fondeaderos, vientos, tormentas, rumbos...— así como de las incidencias del viaje —tomas de agua, persecuciones, capturas, botín, luchas...—, sobre todo en las galeras guardacostas o con objetivos específicos de captura de determinados piratas o naves. Es decir, anotaría ni más ni menos que aquellos incidentes que más frecuentemente encontramos (si bien en ocasiones recreados y sublimados) en las campañas de Pero Niño en *El Victorial*.

Ahora bien, teniendo la posibilidad de ser exacto como en la *Embajada*, Gutierre Díez de Games, como Pero Tafur, esquivó voluntariamente la mención expresa de las fechas, con la intención de distanciarse del relato cronístico y evitar así la proximidad que López Estrada (1984c) encontrará entre los procedimientos de la *Embajada* y los de la *Crónica de Juan II*. Como explica M^a Teresa Ferrer (p.312): «precisament en aquestes indicacions (...) és on se sent la trama del diari sobre la qual Díez de Games bastí part de la seva obra literària i de la qual fou voluntàriament esborrada, en el curs de l'elaboració, tota altra referència cronològica que pogués apesantir la narració. Díez no volia fer una crònica ni una obra històrica en un sentit més ampli. Volia fer una 'vida exemplar', i en aquest gènere no s'usava la cronologia».

He tratado de confirmar yo mismo («Del 'diario de a bordo' a la biografía: las campañas marítimas (1407 y 1410) en la *Crónica de Juan II* de Alvar García de Santa María y la doble redacción en *El Victorial*», *Anuario de Estudios Medievales. Homenaje al prof. Emilio Sáez*, vol. II, [en prensa]) la existencia de esos diarios, aportando la consideración de tres capítulos de la *Crónica de Juan II* de Alvar García de Santa María (el primero correspondiente a 1410), que detallan la actividad de la flota castellana en el Estrecho (las mismas naves que habían sido capitaneadas apenas un año antes por Pero Niño), capítulos que se encuentran dispuestos por el cronista a modo de diario, conservando casi intacta su estructura original. Un análisis comparativo de motivos y vocabulario entre estos capítulos y los de la segunda parte de *El Victorial* revelan una vinculación total. Unos y otros procederían de igual material de base: diarios coetáneos a los hechos, recogidos en primera redacción de escribanos de galera y destinados a la información que la cancillería regia necesitaba obtener cumplidamente de toda acción bélica o diplomática.

En conclusión, el orden cronológico, ya sea explícito—caso de la *Embajada* o de la cronística—, ya sea tácito—caso del *Tratado* de Pero Tafur y de *El Victorial*—, no puede en ningún caso ser considerado procedimiento específico, sino sólo indicativo, de la literatura de viajes, puesto que es común a la literatura historiográfica en general, desde la crónica oficial o la biografía hasta la relación de sucesos particulares.

2.3. El orden espacial

Bajo este rótulo, Pérez Priego (1984: 226-28) se refiere básicamente a la

presencia en los libros de viajes del procedimiento retórico de la **evidentia**, concretado en la **evidentia topographica del laudibus urbium**. Sustancialmente, se recomienda desde los **Excerpta rethorica** que la descripción se atenga a los siguientes aspectos: antigüedad y fundadores del lugar; situación y fortificaciones, fecundidad de campos y aguas; costumbres de sus habitantes; edificios y monumentos; hombres famosos; comparación con otras ciudades conocidas. Ese orden y presencia son respetados en los libros de viajes castellanos: desde la descripción de Constantinopla, en la *Embajada*, a la de Génova en el *Tratado* de Pero Tafur, por poner sólo dos ejemplos. Pues bien, de nuevo *El Victorial* contaría con ejemplos de descripciones —no tan abundantes ni pormenorizadas, desde luego— que demuestran que su autor conocía los usos retóricos y utilizaba el recurso cuando lo creía pertinente para amplificar la materia tratada. Es el caso de las descripciones de Túnez (pp. 119-200), Málaga (p.101), Marsella (p.106), e incluso de una equivocada Londres (p.214).

Sin embargo, que Gutierre Díez utilice, aunque parca y esporádicamente, el procedimiento de la **descriptio urbis** no implica una filiación con los libros de viajes. Por poner otro ejemplo de uso retórico, encontraremos en la obra también el empleo reiterado de la **descriptio personae**: tienen notables semejanzas los retratos físicos de Pero Niño (pp. 86-87) y de su hijo Juan Niño (pp.339-40) con los más conocidos y estudiados de las *Generaciones y semblanzas* de Fernán Pérez de Guzmán. No por ello propondremos un parentesco genérico entre una y otra obra, que sencillamente se nutren de procedimientos iguales para objetivos diferentes. O bien, dándole la vuelta al argumento, podremos decir que *El Victorial* tiene tanto de libro de viajes (por su empleo de la **descriptio urbium**) como de retrato (por su empleo de la **descriptio personae**). Y, sin embargo, nos quedamos con que es más que un libro de viajes y más que un retrato, porque engloba ambos procedimientos dentro de lo biográfico.

2.4. Los «mirabilia»

«Parte muy especial (...) ocupan lo que estos mismos libros llaman las 'maravillas'. Era también, de seguro, lo que más atraía la atención y lo que generosamente venía ofreciendo el relato de viajes desde sus primeras muestras medievales...» (Pérez Priego, 1984: 229). Se puede comprobar un gradual rechazo hacia la aceptación indiscriminada de las fantasías antropomórficas y zoomórficas que provenían de las descripciones de Plinio y Solino. El *Libro del conocimiento*, como hemos visto, todavía nos daba por buenas muchas de esas fantasías. La *Embajada* y el *Tratado* de Pero Tafur nos hablan, en cambio, de 'maravillas' reales, de obras de la naturaleza o del hombre que impresionan y que parecen increíbles: los animales fantásticos son la jirafa, el elefante, la cebra, el cocodrilo, el hipopótamo, el camello; los edificios son Santa Sofía de Constantinopla, las pirámides de Egipto («los graneros de José»), el Coliseo romano... (vid. para la misma identificación con el concepto de 'mirabilia', en otros libros de viajes, Richard, 1981: 63-67).

El Victorial habla de alguna de esas maravillas, manteniendo una premedi-

tada ambigüedad entre lo verosímil y lo fantástico. Gutierre Díez las acumula en un reino remoto para el castellano del XV, tierra de maravillas: Anglaterra o Ynglaterra (de las dos formas), «*ca este nonbre Anglaterra quiere dezir, en otra lengua, 'tierra de maravillas'. Esto por muchas cosas maravillosas que en ella solía aber. E avn agora ay algunas dellas*» (p. 279). Entre estas maravillas se encontrarán las «*sierpes*», «*fuertes dragones*», y destacan «*unas aves que llaman vacares, que nazen de los árboles*» (p. 280) (se trata de los «wak-wak» que tuvimos ocasión de ver también en el L.C.). Lo interesante es que el autor demuestra su escepticismo ante tal fantasía: «*E yo oya muchas bezes esta razón, e dubdaba en ella*». Ante la duda, preguntó a un nativo —añade—, que le explicó satisfactoriamente (racionalmente) que se trataba de árboles sobre los que se posaban unas aves que hacían allí sus nidos, ponían sus huevos y los abandonaban: «*e que después que cayan en el mar, se criaban e bibian, según dicho es*» (p. 281) Gutierre Díez se siente orgulloso de poder demostrar la causa lógica de un hecho fantástico, pero conviene al propósito de su materia mitificar el lado legendario de la Inglaterra real que visita Pero Niño, y por eso presentará a continuación leyendas como la del monstruo marino (la 'selva' o más propiamente 'belva', pp.281-84), etc.

2.5. La forma de presentación del relato

En este último apartado Pérez Priego (1984: 232-34) se ciñe exclusivamente al hecho de que es la voz de la primera persona la que imprime autenticidad y unidad a lo narrado. Ello se advierte muy particularmente en el caso de los libros fingidos, desde Mandeville hasta el L.C., que hemos tenido oportunidad de tratar (vid. Richard, 1981: 34-36).

Sin embargo, de ser el relato en primera persona una característica esencial al libro de viajes estaríamos excluyendo el texto de la *Embajada*, narrada básicamente en tercera persona, si bien puede que se tratase de una tercera persona mayestática, puesto que se escapan intromisiones del «yo» narrativo, como bien ha señalado López Estrada (1943, 1984c). Pérez Priego justifica ese uso de la tercera persona en que la primera «tiene una función verificadora y testimonial», pero en el caso de la *Embajada* «su misma historicidad excusaba también cualquier artificio de verosimilitud». Tal vez no baste hablar de primera persona, sino de identificación escritor/viajero. Tengamos en cuenta el papel de Gutierre Díez de Games/autor, como testigo presencial de las campañas de Pero Niño/protagonista. Su testimonio da unidad y autenticidad a lo narrado, especialmente cuando se roza lo inverosímil pero no se identifica con el protagonista del libro. El autor se autobiografía sólo secundariamente, como los grandes historiadores que no aguantan la opacidad del anonimato. (Joinville en la *Histoire de Saint Louis*, Ramón Muntaner en su *Crónica*...). No es la forma de presentación del relato en primera persona, de nuevo, más que un elemento narrativo de comunión entre la prosa historiográfica, y por tanto no constituye un rasgo que pueda definir o descalificar *El Victorial* como libro de viajes (vid. al respecto los capítulos de Richard sobre los autores [pp. 37-39] y el valor de los testimonios [pp. 55-59]).

Una vez repasados los elementos que para Pérez Priego definen el libro de viajes medieval, no debiéramos encontrar razones para excluir la obra de la categoría genérica, puesto que, al parecer, se cumplen los requisitos que caracterizan al libro de viajes: se da el itinerario del viaje, bastante detallado y exacto; existe un orden cronológico, aunque voluntariamente no explícito (como en el *Tratado* de Pero Tafur); aparece la **descriptio urbis**; se da la apreciación hacia las 'mirabilia'; la primera persona, aun no siendo forma dominante de presentación del relato (aunque tampoco lo es en la *Embajada*), se da con función testimonial.

¿Por qué, pese al cumplimiento de todas estas condiciones, seguimos coincidiendo con el criterio en que no se trata de un libro de viajes? A nuestro entender, se trata de un problema de proporción y, por tanto, de relativismo. El libro de viajes es tal cuando las circunstancias del viaje (descripciones, noticias, informaciones...) dominan claramente sobre la experiencia protagonista del viajero. Es decir, cuando el proceso cumplido es más descriptivo que vital, más externo que interno. Recordemos que cuando el relato de un viaje autobiográfico se hace verdaderamente íntimo, la narración pasa a ser autobiografía, porque describe un proceso vital. Naturalmente, es difícil calibrar cuándo la balanza se inclina hacia un lado o hacia otro, y por ello hablamos de relativismo. Vamos a encontrar esa dificultad planteada con el *Tratado* de Pero Tafur (el problema ha sido tratado por Antonio Regales Serna «Para una crítica de la categoría 'literatura de viajes'», *Castilla*, V (1983), pp. 63-85, [esp. pp. 71-72]).

El Victorial no es un libro de viajes, porque su autor se ha preocupado de reelaborar e insertar dentro de la trayectoria de una biografía todo un material que sólo potencialmente pudo haber tenido las características de libro de viajes (aunque más bien habría estado destinado a ser memorial de campaña bélica) *El Victorial* es una biografía caballerisca —y no un libro de viajes— porque cada episodio del viaje de Pero Niño está, por su forma y por su sentido, destinado a recalcar las virtudes caballerescas del biografiado, es decir su dimensión vital. La topografía de los lugares que hollaron sus pies o surcaron sus naves sólo es importante en relación a aquella dimensión. Es ese el plato hacia el que se inclina la balanza, y no el de la descripción o la información, que se dan en pequeñas dosis como complementos o indicios de la veracidad del relato. Los elementos comunes al libro de viajes —itinerario, orden cronológico...— existen, como existen en toda la prosa histórica, pero subordinados a una estructura episódica en la que lo importante es el dinamismo de la acción y no el estatismo de la descripción.

Leído exclusivamente como libro de viajes, *El Victorial* resultaría un texto pobre, escasísimo. Leído como biografía, como libro de la vida del conde de Buelna, adquiere todo el valor que hoy apreciamos: el de un **viaje vital**, el de un caballero que encarna los ideales de un grupo social en la primera mitad del siglo XV.

3. LA EMBAJADA A TAMORLAN: CULMINACION DEL MODELO LIBRESCO

La *Embajada a Tarmolán* narra la misión diplomática enviada en 1403 por

Enrique III al gran Tamorlán de Persia, reciente vencedor sobre el turco Bayaceto en Ankara (1402), victoria de la que ya habían sido testigos dos embajadores castellanos de una misión anterior a la que aquí nos interesa. La *Embajada* nos ha llegado a través de varios manuscritos. Los dos más antiguos proceden del siglo XV: el primero, ms. 9.218 de la B.N., fue editado paleográficamente por López Estrada (1943; hay versión selecta y modernizada de 1952) y Rodríguez y Martínez (1986) han editado también en microfichas sus concordantes; el segundo, se alberga en la Biblioteca Británica y ha sido igualmente estudiado por López Estrada (1959-57). Un tercer ms., hoy perdido, sirvió para la edición de Argote de Molina (1582), sobre la que se hizo la de Antonio de Sancha de 1782. La *Embajada* ha sido traducida dos veces al inglés, la primera por C. Markham (en 1859) y la segunda por Luy Le Strange (vid. Power, 1928), una al ruso (San Petersburgo, 1881, reimp. en 1971) y una al turco (Ankara, s.d.).

El itinerario de la *Embajada* comprende «todos los lugares e tierras» recorridos por los embajadores del rey, desde Cádiz hasta Samarcanda, más su regreso —mucho menos detallado— hasta Alcalá de Henares. El viaje tiene dos partes algo diferenciadas: la primera coincidiría con la habitual ruta comercial marítima por el Mediterráneo: Mallorca, pasando por el Estrecho de Bonifacio (entre Córcega y Cerdeña) hacia la costa italiana y el estrecho de Mesina (estudiado por Ochoa el paso por las costas de Campania, y por Lípari y Mesina (1987b), mar Jonio, Egeo, Rodas (1986) y por las islas griegas nord-orientales, especialmente Quíos, llegada al Bósforo. A finales de Octubre del primer año habían llegado a Constantinopla, donde invernarían (Cirac, 1961 y, más ampliamente, Bravo, 1983 estudian los datos proporcionados por los embajadores sobre los monasterios de la ciudad; vid. también el estudio de Bravo, 1984). En abril partirían hacia Trebisonda, siguiendo la costa meridional del Mar Negro (para la descripción de Trebisonda de nuevo Ochoa, en prensa). La segunda parte del viaje comprendería desde esta última ciudad, de la que partieron un más después, hasta Samarcanda, la capital del Imperio de Tamorlán, hoy en el Uzbekistán soviético (donde llegarían en septiembre) era mucho más arriesgada, por remota, incivilizada y desconocida. Los embajadores se internan por la Armenia turca en Persia-Irán (Tauriz, Sultania, Teherán) hasta alcanzar su meta. En Samarcanda permanecieron dos meses, hasta noviembre de 1404, de manera que el viaje de regreso supuso otro año y medio de tiempo. Contando el regreso, el viaje duraría casi tres años: del 21 de mayo de 1403 al 24 de marzo de 1406.

Ha sido López Estrada (1943 y 1981) quien ha comentado los principales aspectos anecdóticos del viaje. Sus dificultades ante una empresa tan ardua; su credulidad abierta a la consideración del milagro y las reliquias religiosas (algo que tendremos ocasión de comentar al referirnos al *Tratado*, infra, 4.6); los testimonios del comercio marítimo y sus riesgos (estarán muy cerca del naufragio); la existencia de anárquicas aduanas, como la impuesta por el caballero Cabasica, «que no tenía qué comer, ni él ni los suyos, salvo lo que le daban los que por allí pasaban o robaban de tierra de sus enemigos» (p. 81); los irresistibles rigores del desierto (donde «el viento (...) era tan caliente que parecía que salía del infierno», p. 122), que diezmaron la expedición. La embajada culmina con la

llegada a Samarcanda. No faltan aquí, ante tanta novedad y atónita sorpresa, algunas contenidas notas de ironía y humor, pero el relato se centra en la visión objetiva del ceremonial diplomático y los lujos de la corte, con sus jardines suntuosos, su fastuosas fiestas y extrañas costumbres (el uso inmoderado de la bebida, que obligan a compartir a los sobrios embajadores, p. 166, etc.). Como señala López Estrada (1981: 240) «el relato transcurre en un balanceo entre el asombro de la maravilla que los conmueve y la disciplina de la razón de la que ellos se valen». Gracias a esa racionalidad, «reconocen implícitamente que existen gentes con un sentido de la vida y de cultura distinto del que había dominado durante siglos», y por esa disciplina la obra es enormemente apreciada por helenistas y orientistas, como relación imparcial. Los autores se detienen en la descripción ordenada de las ciudades principales, y nos logran transmitir su curiosidad frente a notas pintorescas, como las caravanas de camellos («... y caravana dicen ellos así como nosotros decimos por recua de bestias», p.239), o los animales exóticos como los elefantes y jirafas, descritos por partes, a manera y semejanza de los animales conocidos (así, la jirafa «el pie tenía así como el buey... rostro como ciervo... orejas como de caballo», p.104), descripciones casi «cinematográficas» (como las ha calificado García Lora, 1959), pero por lo demás comunes a la **descriptio de mirabilia** en toda la literatura de viajes (Richard, 1981: 65-67).

El valor literario de la obra lo hemos de extraer y subordinar al rigor extremo de su carácter documental, sin pretender esperar mucho más allá de éste. Meregalli (1975, p.33) considera ese valor «muito modesto, se lo parangoniamo col grandissimo interesse del contenuto». Como resume López Estrada (1981: 245): «el libro aún conserva el frescor y la gracia de la obra de un primitivo de la literatura: su esfuerzo por captar la vida cotidiana, aún en los aspectos asombrosos que se presentan en el viaje, nos lo sitúan en la corriente estética del arte gótico en su vertiente realista».

Pero ha sido de nuevo López Estrada (1984c) quien ha tratado el libro desde el punto de vista, más importante para el crítico actual, de su constitución literaria, pese a ser de «difícil emparejamiento en nuestra literatura». La obra, para él hubo de ser concebida antes de la salida de los embajadores. La intensidad de las noticias está en relación directa con los períodos dedicados al descanso por los viajeros, donde pudieron ser reunidas una serie de notas frescas, orales y documentales, y es lógico que se extiendan más en las descripciones de Constantinopla y Samarcanda, donde pasaron hasta cinco meses. En la Cancillería real se elaborarían más tarde esas notas con el fin de dar posibilidad a la lectura de una obra coherente. El texto procedería, así, de la conjunción de tres planos de noticias: itinerario (topónimos, distancias y fechas), descripciones de lugares y noticias políticas.

Ahora bien, ¿cómo se organizan estos tres planos en el relato definitivo? Entramos entonces en la cuestión de la autoría. El narrador deja traslucir la primera persona (pp. 5, 213, 227), o la primera persona del plural (pp.139,223), pero la narración es anónima y predominantemente en tercera persona, a diferencia de la primera persona común en otros libros de viajes (vid. supra 2.5). Que

conozcamos por el texto de la *Embajada*, la comitiva estaba compuesta, como miembros principales, por Ruy González de Clavijo, caballero de la corte del rey, el maestro en teología Páez de Santamaría y otro caballero de la guardia, Gómez de Salazar, aunque el mismo Pero Tafur nos aportará, desde su *Tratado* (p. 165), el nombre de otro posible miembro de la embajada, Alfón Fernández de Mesa. Y si bien desde Argote de Molina fue atribuida la obra al primero de ellos, sin embargo esta autoría es cuando menos dudosa. López Estrada (1943) ya renunció a anteponer el nombre de Clavijo como autor de la *Embajada* a su edición de la obra, sugiriendo ya entonces que sería más apropiado atribuir esta autoría a Páez de Santamaría. Meregalli (1957: 32-33) aceptaba la atribución clásica a Clavijo como la más lógica, después de discutir los pormenores del problema. Dado que Clavijo aparece citado repetidamente, en tercera persona, como uno más de los embajadores (pp. 88, 118, 120, 128...), el problema de la autoría parece irresoluble, y las posturas casi irreconciliables: por ejemplo, mientras Meregalli (1957: 32) descarta la autoría de un clérigo, dada la ausencia de conceptos religiosos, López Estrada (1984c: 130-40) ha vuelto a insistir en que muchas de las noticias proporcionadas, pormenores eclesiásticos, referencias a ritos, más las pocas informaciones sobre la Antigüedad que se nos dan, tienen todo el sello de un clérigo bien leído y, además, ducho en lenguas. Páez de Santamaría «actuaba como el más entendido en letras de todos los del grupo, y Clavijo como el representante más calificado de la embajada, el que llevaba por rango social la representación del Rey y del Reyno». Pero, añade, tampoco hay que olvidar la labor de Mahomad Alcagí, el embajador de Tamorlán a Castilla, que estuvo con castellanos desde 1402 hasta 1405 y que pudo ser el informador de tantos aspectos novedosos para los castellanos y traductor de tantas palabras orientales que aparecen en la obra, formando un breve diccionario (López Estrada, 1984c: 143). En conclusión —y seguimos todavía las deducciones del crítico— la complejidad y riqueza definitiva del texto parecen difícilmente atribuibles a un solo autor, sino más bien a varios compiladores que se repartieron el trabajo, dependiendo de sus capacidades. Quizás fuera la voluntad de Clavijo la que lucharía por dotar a la obra de forma literaria, pero parece más lógico que la ordenación del trabajo fuera efectuada por Fray Alonso Páez.

Hasta aquí la polémica sobre la autoría, en la que parece difícil por el momento avanzar mucho más allá de lo que lo ha hecho López Estrada. Llegados a ese callejón casi sin salida, parece más necesario y provechoso seguir un doble camino: de un lado, continuar el imprescindible trabajo paciente, poco agradecido y costoso que sea, de la investigación histórica —geografía, cartografía, documentación histórica de todo tipo— de cada una de las partes del viaje (en la línea de los estudios de Bravo y Ochoa); del otro, más factible al historiador de la literatura, confrontar los procedimientos del texto de la *Embajada* con los textos históricos «de viajes» (y no sólo propiamente «libros de viajes»), que abarcan el mismo período de tiempo y que fueron producidos en la época. Sin olvidar las mismas crónicas oficiales —a las que luego hacemos mención— me estoy refiriendo fundamentalmente al mismo *Victorial*, descartado aquí mismo como libro de viajes, pero también a otras dos obras, aunque pertenecientes al ámbito

francés, muy cercanas a éste último: el *Boucicaut* y *Le Canarien*. La primera de ellas se emparenta con *El Victorial* como biografía heroica —he tratado de demostrar su influencia directa sobre el texto castellano (Beltrán, 1986, cit. supra)—, pero centra gran parte de la relación en hechos de su biografiado durante su gobernación en Génova, entre los años 1399 a 1404. La segunda se suele adscribir al género de la crónica de conquista, aunque Dolores Corbella demuestra en su artículo, recogido en este mismo volumen, la importancia y validez de una lectura de la obra como literatura de viajes. La obra tiene, dentro de la complejidad de su relación, un claro parentesco también con la biografía caballescica o con el relato de sucesos particulares.

Si introducimos la mención a los dos textos franceses es porque puede ayudar a ampliar la concepción un tanto estricta en que a veces encorsetamos al texto de la *Embajada*, marginándolo como libro de viajes (y solamente libro de viajes), y sobre todo porque tal vez pueda ayudar a ver qué crónicas y libros de viajes (López Estrada llama la atención sobre los paralelismos entre procedimientos narrativos de la *Embajada* y procedimientos de la *Crónica de Juan II*), pero también biografías o crónicas particulares, compartieron durante este tiempo un sustrato de escritura común que emparenta a los tres grupos de obras, aunque luego cada uno de ellos desarrollara una estructura que los singularizara. Ese sustrato se halla ligado a la frescura y detallismo de las noticias que apuntaban, en detalladas relaciones los escribanos que acompañaban a los caballeros, para dar después comunicación completa y objetiva de los hechos de campañas. Pero es este un aspecto que ya comentamos a propósito de *El Victorial* (supra 2.2). Sólo añadiríamos, en apoyo de esta lectura supra-genérica, unas líneas mencionadas por nosotros mismos en un trabajo sobre esta última obra («De la crónica oficial a la biografía heroica: algunos episodios de Pero López de Ayala y Alvar García de Santa María y su versión de *El Victorial*», *Actas del I Congreso de la A.H.L.M.*, Barcelona: P.P.U., 1988, pp. 177-86), pero que afectan al libro de viajes: «la propia Embajada de Clavijo a Tamarlán, que se suele encuadrar como libro de viajes y que transcurrió durante esos mismos años [que las campañas de Pedro Niño] (1403-1406), ¿qué es sino el detallado dietario de una empresa diplomática? Escrita también a modo de carta o relación, estaría destinada potencialmente a cubrir un capítulo importante dentro de la crónica del reinado —y de hecho lo cubre dentro de la historia de Castilla— como uno de los principales avances en política exterior del reinado de Enrique III» (p.184). Como concluimos allí mismo, resulta que, frente al desolador paisaje que de entrada parece crear el silencio cronístico entre 1395 y 1406, encontramos estos dos lustros (especialmente el segundo) rebosantes de información documental de primera mano, de «materia prima» cronística. Lo que perdemos en crónica oficial (por abandono de Pero López de Ayala), lo ganamos en textos literarios de primera magnitud.

A nuestro juicio, por tanto, los futuros estudios literarios sobre la *Embajada* deben seguir haciendo hincapié en los procedimientos narrativos, en el camino iniciado por López Estrada (1984c). Antes, no cabe duda de que una exploración de la retórica de la *Embajada* (del libro de viajes medieval) ha de pasar, como

punto de referencia obligado, por la comparación del texto con el *Tratado* de Pero Tafur, en tantas noticias y descripciones coincidente. La confrontación no sólo con aquellos procedimientos, en las crónicas oficiales y particulares y en los libros de viajes, sino también con los presupuestos ideológicos y objetivos pragmáticos de la narrativa histórica más o menos coéctanea, puede seguir siendo de gran interés, iluminando a unas y a otras obras. Por último, la *Embajada* merecería ser leída y estudiada mucho menos enfáticamente como trabajo insólito, aislado y original dentro del panorama literario del XV. A ello ayudaría tal vez, por encima de la estrecha caracterización de la obra como libro de viajes, su consideración como relación de un suceso particular del reino, y su conexión con otras relaciones semejantes, que ilustren comúnmente las causas, objetivos y procedimientos de los relatos que plasmaron empresas tamañas. En ese sentido, parte de lo dicho para la *Embajada* sería aplicable al texto que tratamos a continuación: el *Tratado* de Pero Tafur.

4. EL TRATADO DE PERO TAFUR. EL LIBRO DE VIAJES Y LA AUTOBIOGRAFIA

4.1. Panorama crítico

Libro de estímulo para los aventureros y de evasión para los sedentarios, como lo llamará Meregalli (1957: 68), las *Andanças e viajes de Pero Tafur* o, con más propiedad, el *Tratado de las Andanças e viajes de Pero Tafur* se conserva tan sólo en un códice, actualmente en la Biblioteca Universitaria de Salamanca. Marcos Jiménez de la Espada lo publicó el pasado siglo (Jiménez, 1874). La edición motivaría al poco algunos acertados comentarios críticos por parte de Morel-Fatio (reseña en Jiménez, 1874), y a la larga una serie de artículos decisivos: a propósito del encuentro con Nicolò d'Conti en el Sinaí (Desimoni, 1881, y Heyd [cit. por Vives, 1982, p.2, n], una traducción incompleta al alemán de la parte del viaje correspondiente al Imperio Alemán (Häbler, 1887), el estudio sobre la biografía del caballero, aunque por desgracia aportando sólo documentación muy posterior a su viaje (Ramírez de Arellano, 1901), y el importante trabajo de Stehlin y Thommen (1926), dedicado a las tierras recorridas al Norte de los Alpes, con traducción anotada de la parte correspondiente del texto. M. Letts, por su parte, publicaría también en 1926 una traducción inglesa anotada de la obra, con una interesante introducción. Esta traducción fue seguida de un breve comentario sobre la descripción de Constantinopla (Diehl, 1932). En 1934 era reeditada la obra por J.M. Ramos, con afán divulgativo: modernización ortográfica, estudio preliminar (que resume los de Jiménez y Ramírez de Arellano) y glosario. Poco antes de la traducción, al resumen detallado, e igualmente divulgativo de Cartellieri (1927), seguirían los trabajos de Vasiliev (1932), sobre la interpretación que, del texto y en particular de los capítulos correspondientes a las visitas a Constantinopla, Trebisonda e Italia, se ha hecho en estos lugares, artículo seguido de una apostilla (Vasiliev, 1936), sobre la traducción de Tafur de Samotracia como «Sol Mithras».

Todos los anteriores trabajos —a excepción del de Cartellieri y de los de Vasiliev— fueron utilizados, corregidos y aprovechados por el modélico estudio que sobre el *Tratado* realizaría Vives (1938; reeditado en 1949). Aunque en principio centrado en el capítulo de la descripción de Roma, realiza un resumen y comentario certeramente anotado de la obra entera, precedidos de unos preliminares en los que corrige errores anteriores como el del supuesto origen cordobés de Tafur y como el del inicio del viaje en 1435, demostrando que lo comenzó un año más tarde.

Después del artículo de Vives, la obra recibiría la atención, al lado de otros libros de viajes, de Meregalli (1957) y Fick, y, en exclusiva, de Badia Margarit (1957), que comenta la visita de Pero Tafur a Hungría. Existe una poco conocida traducción de la obra al árabe por parte de Hasan Habsay (1968). En los últimos años, la obra ha sido reapreciada muy en especial por hispanistas italianos, como demuestra la edición en Italia, acompañada de un extenso estudio introductorio, de Bellini (1986), y los trabajos de Guglielmi (1986) y Liberatori (1986 y 1987). Más recientemente, sin olvidar el artículo de Bravo (1983), ya citado a propósito de la *Embajada* (y que recoge el tema de la descripción de los monasterios, ya tratado por Cirac, 1961), hay que destacar los importantes estudios de información histórica realizados por Ochoa (1985, 1987b). Por su parte, Meregalli (1985-86) continúa trabajando en el *Tratado*, y tuve el placer de que me transmitiera personalmente su simpática predilección por el personaje. Yo mismo me he interesado por la ideología del personaje, el realismo y el humor en la obra (Beltrán, 1985) y por la perspectiva literaria (la autobiografía). Por tratarse de aspectos que parecía pertinente poner aquí de relieve, en el presente capítulo me he permitido recoger —corregidos y aumentados— argumentos y citas plasmados en el primero de estos trabajos.

4.2. Los motivos del viaje: el comercio y el turismo

Si a una sola se tuvieran que reducir las diferencias formales entre el *Tratado* de Pero Tafur y la *Embajada*, ésta sería sin duda la de la redacción en primera persona, es decir la del carácter autobiográfico del *Tratado*. Por lo demás, tanto itinerario, como orden cronológico, orden espacial y presentación de **mirabilia** son comunes a las dos obras. Es la forma de presentación del relato autobiográfica, la que confiere a la obra una caracterización genérica totalmente original, a caballo entre esa autobiografía y el libro de viajes. Y sin embargo, sólo encontramos en Meregalli la promesa de acometer «un'interpretazione complessiva, messa in relazione con idee generali sul genere autobiografico, a cui in realtà l'opera appartiene», como anuncia él mismo (Meregalli, 1986: 150).

La forma autobiográfica —dirá Lázaro Carreter, a propósito del *Lazarillo*, un texto no tan lejano como pudiera parecer del *Tratado*— obedece a una motivación interna y, por tanto, se hace preciso buscar en el relato mismo las causas de su elección. Esa motivación no ha sido a nuestro juicio suficientemente atendida, y así lo sostuvimos nosotros mismos en 1987, en el II Congreso de la A.H.L.M. (Beltrán, en prensa [a]), sin conocer los trabajos entonces paralelos de Liberatori

(1986 y 1987). ¿Qué motivo u objetivo encontramos en Pero Tafur que justifique la escritura del relato de su largo, costoso y nada común viaje? Pienso que no nos debemos quedar sólo con el que resume López Estrada (1984a: 111), aunque evidente resulta el más obvio: «Como no estaba implicado en un cometido de orden político determinado, Tafur pudo ir por donde quiso y luego contó lo que le había ocurrido con libertad, relatando sus iniciativas personales, rememorando, para sí mismo y para las gentes de su entorno cordobés, los sucesos del viaje, y dando cuenta a los futuros lectores de su libro, de su experiencia, que él juzgó de interés para todos»; es decir, con la justificación por la libertad del hombre moderno, la misma que haría afirmar a Fitzmaurice-Kelly (*Historia de la literatura española*, Madrid, 1926, 4ª ed.: p.87) que Tafur «es el precursor del turista moderno: curioso, crédulo, irreflexivo, audaz y de una sencillez deliciosa».

Antes que nada, parece necesario diferenciar lo más tajantemente posible, aunque sea difícil, entre las razones por las que viajó Pero Tafur y las razones por las que escribió el relato de su viaje. Las razones por las que viajó no están completamente esclarecidas, pero se tiende a cargar las tintas sobre la suposición de que lo hizo porque quiso, por afán de conocimiento y aventura. Detengámonos un momento aquí [En adelante, el subrayado será siempre nuestro; modernizaremos además la acentuación de las citas, tomadas siempre de la ed. de Jiménez de la Espada] Pero Tafur, tal como conocemos por documentación externa (Ramírez de Arellano, pp. 73-98, corregido por Vives, pp.5-11), era miembro del patriciado urbano, que gobernaba la ciudad de Córdoba, y llegaría a ser veinticuatro de la misma. Como tal, se trataba de una persona que gozaba de un cierto acomodo, si bien sospechamos que no el suficiente para sufragar los gastos que acarrearía un viaje de más de dos años por el extranjero. Su primera preocupación, al llegar a cada ciudad, consiste en asegurarse la custodia e inversión del dinero que llevaba consigo. En Génova, P.T. estuvo «*ciertos días pleyteando con unos mercaderes que non me acudien con **cambio** que en ellos tenía*», aunque luego «*me ficieron pagar todo lo mio, con la **costa** doblada que allí avía fecho*» (pp. 11-12). En Bolonia, «*fize vender mis cavallos*» (p.18). En Venecia, casi como primer paso, «*fuí a saver la lonja de micer Sylvestro Morosín, en que yo traya mi **cambio**, é luego lo fallé é lo aceptó, e me aparejó la **paga***». Y aquí sigue, por cierto, con un interesantísimo elogio de la Banca, como lo define López Estrada (1984a: 114): «*Esto [i.e. la **paga**] es cosa que ellos no la tardaríen por ninguna cosa del mundo, e bien que todos los mercaderes en todas las partes lo usan, pero éstos más que todos a cumplir la verdat se esfuerçan*». En ese contexto, será contado el encuentro con el familiar del anterior Morosín: «*Fallé aquel día con él a Carlo Morosín, un mercader que estava en Sevilla e tuvo grant tiempo los almadenes arrendados, donde yo en la casa del maestre D. Luys ove con él gran cosçimiento*». Fijémonos en cómo anota el detalle —que muy probablemente le afectara— del arriendo de almacenes. No es extraño que ningún desprecio, ni siquiera distancia, sienta hacia «*aquellos mercaderes mis amigos*», que le hospedaron, aconsejaron, y cuyo dinero facilitó la prosecución de su viaje (pp. 20-1; vid. para la identificación de los Morosín, Meregalli [1986: 152, ns.]).

De nuevo en Venecia, de regreso de su viaje «turístico» por Toscana y Umbria, «*fuí muy bien rescebido de aquellos mis amigos mercaderes, e fallé bien presto mi dinero que allí tenía para quando oviese de partir*» (p.41). En la isla de Quíos se añade una nota importante: debido a una tormenta, «*la mercadería lo más se perdió, e aun yo allí perdí muchas cosas que traya de Levante*» (pp.132-3). No sabemos si esas pérdidas serían estrictamente personales —vitualas, ropas, regalos...-o bien se refería a que una parte del flete era de su propiedad, y con él comerciaba. No sería difícil esta segunda posibilidad, habida cuenta que en Sinope, cuenta el autor, «*estovimos dos días descargando algunas mercaderías e cargando otras*» (p. 158), frase que deja bien a las claras un interés directo por parte de P.T. en la suerte de las mercancías transportadas.

De regreso de su viaje al Mar Negro y otra vez en Venecia, nada casualmente centro de operación de P.T. en Italia, «*fallé que las cosas que traya en la nao, ansí esclavos como otras cosas, me las avían tomado todas, diziendo que ninguno non podía traer cosa del mar Mayor, sino fuese veçino de Veneja, e porque non lo avía fecho saber a los que cogen los derechos*» (pp. 196-98). El episodio resulta especialmente revelador. Como ha hecho destacar López Estrada (1984a: 115), P.T. consigue rescatar sus «cosas» del embargo oficial porque —le dirán los oficiales— «*buestro ábito non lo lleva de fazer mercadería, e lo que aquí traés, es por vuestro servicio*». La frase parece aludir al triunfo de una especie de «picardía» comercial, que le hizo aprovecharse de su condición de caballero como salvoconducto para transportar los productos y esclavos que traía del Mar Negro (incidiremos infra [4.7 y 4.8] en el sentido autobiográfico de esa picardía). Sin embargo, si atendemos a la lección literal, P.T. está negando con rotundidad desempeñar tareas comerciales: «*lo que aquí traés, es por buestro servicio*». A partir de aquí, y durante todos sus viajes por la Europa Central y del Norte, las noticias sobre inversiones monetarias o intercambios comerciales escasean, y es sólo a su regreso por Flandes, cuando nos hace conocer que negocia en la Banca o Cambio de Brujas: «*e por quanto yo avía puesto allí çierta moneda en el cambio, ove de requerir a los que lo tenían...*» (p.257). Finalmente, también desde Ferrara se verá obligado a regresar a Florencia, «*porque los cambios eran çerrados e partidos*»; y de allí «*fuíme a Veneja por ver mi façienda*» (pp. 290-91).

No pretendemos deducir de estas citas que P.T. fuera un hombre de finanzas, algo así como un próspero comerciante en disfraz de caballero noble. Más que adjudicar a P.T. la representación de una clase burguesa, a la que parece difícil describirla, aunque tantos síntomas se den de que estaba muy vinculado a ella, me parece que debemos significar y destacar la naturalidad con la que se enfrenta al hecho tan necesario y cotidiano —pero vetado al protagonista de la historia y ficción de la época, por vulnerar el principio de inmovilidad de la estamentación— del tráfico mercantil y la actividad económica. No en vano en sus preferencias sobre el ideal de economía y «regimiento» público P.T. se decanta por dos ciudades, Venecia y Brujas, los mayores emporios comerciales del momento en Europa. Todo es admiración por sus potenciales económicos, frente al evidente disgusto ante la pobreza de ciudades como El Cairo (pp. 116-17), Caffa (pp. 160-64), o Constanza (pp. 266-67).

El *Tratado* no sólo no rechaza, sino que acoge por doquier las notas de visión comercial, detallismo económico y relaciones economía-sociedad. Expresiones del tipo «*no faziendo grant gasto*» (p.41) revelan, es cierto, la tacañería tan propia del turista de hoy y de siempre. Igualmente, cuando nos recuerda que es preceptivo, al visitar los Santos Lugares, «*dar por el alquiler dos ducados, que non se pueden crescer nin menguar más el precio*» (p.51), detallando que a la entrada del Santo Sepulcro, «*allí resçibieron de cada un pelegrino siete ducados e medio, e con dos que se pagaron en Jafa a las bestias, e con ciertos gruesos que se pagan en los santuarios —que valen onze gruessos un ducado- así que se paga por todo doze ducados e medio por cada persona de derechos*» (p. 54), eso sí, con la comida incluida: «*fuemos a comer, que nos lo tenían bien aparejados los griegos por nuestros dineros*» (p.55). Se vuelve a insistir repetidamente en frases como «*allí pagamos çiertos gruessos*» (pp. 57 y 59), y aunque haya cierta tendencia, a medida que avanza el libro, a hacer una narración más selectiva, que elimine detalles no significativos, el espíritu de la lógica comercial se mantendrá, sin embargo, como por ejemplo en Bois-le-Duc («Bulduc», la actual Hertogenbosch holandesa), cuando cuenta P.T. que «*compré un trotón por diez e seis ducados, e sin dubda él valia acá çiento*» (p.244). Antonio Ochoa (1987a: 35) recoge el momento en el que P.T. regatea el precio del pasaje para él y sus dos escuderos y se iguala [o concierta] «*con el patrón de la galea, segunt la costumbre ellos an, por el nolito del navío e por comer abastadamente*».

P.T. realizó su viaje —no nos cabe duda— con inquietudes y miras (y sensibilidad) comerciales y no es casual que las dos etapas del mismo giren en torno a los dos emporios de Venecia y Brujas. Tuvo otras motivaciones (curiosidad, afán de conocimiento, deseo de aventura...), pero no podemos olvidar el objetivo mercantil. Ahora bien, como hemos apuntado, las razones por las que viajó son distintas de aquellas por las que escribió la aventura de su viaje. P.T. mismo justifica desde el prólogo a su *Tratado* la validez de la escritura de su obra con dos razones fundamentales. La primera está tópicamente ligada a la concepción medieval de la historia como memoria de los hechos de la nobleza: «*visitar tierras extrañas*» es una «proeza», porque van «*así engrandeciendo los fijosdalgos sus coraçones donde sin ser primero conosçidos los intervienen trabajos y priesas, como deseando mostrar por obras que fueron sus antecesores*»; había sido previamente vinculado este concepto de fama, desde la primera línea, al «*estado de cavallería*», porque «*tal exerciçio es más apropiado a los nobles, e la nobleza tiene a la mesma virtud por mayor e mejor fundamento. E tanto tienpo puede ser alguno dicho noble, quanto siguiere las costumbres de otros sus antecesores, los quales (...) meresçieron ser cabeçeras e gobernadores de muchos*» (pp. 1-2). Basta ver los paralelos a esta justificación tópica de la historia en *Le Canarien* o *El Victorial*, como señala Dolores Corbella, en este volumen, a propósito de la obra francesa. La segunda razón, en cambio, muestra una idea mucho más avanzada, si no claramente ligada a la futura concepción renacentista del individuo y el estado: los viajes deben ser relatados porque aprovechan para, «*por la diferencia de los governamientos e por las contrarias qualidades de una naçión a otra, venir en conosçimiento de lo más provechoso a la cosa pública e*

establecimiento della, en que principalmente se deben trabajar los que de nobleza no se querrán llamar enemigos» (p.2).

Son dos justificaciones bien distintas, incluso polarizadas, que dan buena idea de las contradicciones ideológicas de un miembro de la burguesía o baja nobleza castellana, que está adoptando «gestos» sociales de la nobleza, pero en quien no encontramos el usual desprecio o ignorancia hacia sectores sociales burgueses. P.T. no nos parece equiparable ideológicamente a un Diego de Valera, Díez de Games, Rodríguez de Lena, Rodríguez de Montalvo incluso, etc., es decir autores adscritos a una baja nobleza *rural*, todavía asentada en la defensa de sus prerrogativas militares. P.T., veinticuatro de Córdoba, como podía ocurrir con un Pedro de Escavias, posible autor de los *Hechos del condestable Miguel Lucas de Iranzo*, formaba parte de una aristocracia *urbana*, de caballeros patricios, en la que tanta importancia tenían los antiguos burgueses, enriquecidos gracias al comercio, la industria o el ejercicio de profesiones liberales, como los segundones de familias hidalgas y antiguos oficiales reales, más apegados éstos a sus rentas aún básicamente rurales (véase respecto a esta polarización, por ejemplo, S.Sobrequés, «La Baja Edad Media Peninsular», en *Historia social y económica de España y América*, vol II, Barcelona: 1979: 128-38). López Estrada (1984a: 116) señala «no aparece, por lo que dice el comerciante, que también *sabía del comercio* y sus usos, y que pudo recorrer Europa al lado de ellos, como cualquiera de ellos, a su lado, sin reparos, y tratándolos *con amistad*». En las palabras que hemos destacado habrá que hacer hincapié, no para deducir que fuese un mercader profesional (aunque opiniones como la de Letts (1926: 16), sean terminantes: «Tafur (...) was more interested in trade than in anything else», sino para analizar la idiosincracia de su concepción de la nobleza respecto a la concepción dominante en la escritura de mediados del XV.

Toda esta contradicción ideológica, casi dialéctica, de «caballero-burgués» está en el origen de las peculiaridades de su obra y conviene que sea analizada primero, para que al cabo ayude a encontrar la razón de su síntesis. Así pues, siguiendo la doble vía de sus propios intereses, anunciados desde el prólogo, se podría trazar un doble itinerario de éstos, espigando a través de los comentarios que P.T. deja aflorar a lo largo de su viaje. De un lado, estaría el itinerario jalonado por sus apreciaciones de inquietud e interés hacia el ideal del gobierno público. Como hemos citado: «*venir en conosçimiento de lo más provechoso a la cosa pública e establecimiento della, en que principalmente se deben trabajar los que de nobleza no se querrán llamar enemigos»* (p.2). Del otro lado, el itinerario que dibujan sus inquietudes por demostrar una legitimación mobiliaria y que coincidiría con el «*deseando mostrar por obras qué fueron sus antecesores*» del prólogo. Estos itinerarios serán desarrollados en los dos apartados siguientes.

4.3. El conocimiento de la cosa pública

Las notas de interés por los gobiernos son más contundentes que abundantes. En Brujas, «*la gente es muy industriosa a maravilla, que la esterilidad de la tierra lo faze*» (p.252); en Basilea, pese a que «*por causa quel Conçilio estava allí*

*ayuntado, desas partes de Alemaña estavan allí tantos pobres, aquellos solos finchirían una grant çibdat...», sin embargo «es gente bien rica. Esta çibdat se rige a comunitat, bien que del Imperio sea, pero dizen que no son obligados a dar otra renta al Emperador, salvo, quando allí viniere, una comida e un par de calças, pero puédoles llamar para las guerras» (p.233); en Venecia, «en el **regimiento público** se tienen desta manera: vino e pan, farina e aceyte, e otras cosas que son para mantenimiento, non las puede comprar çibdadano ninguno, salvo la gente estrangera e la gente pobre (...) porque la Señoría lo paga porque aya fartura e, como dixe, los pobres e los estrangeros no ayan mengua, Por çierto, tal es este **regimiento** que yo non vi tierra tan abastada nin tan grant mercado de los bevires; es gente muy riquíssima, e en las grandes mercadurias, por poco que se gane, se gana mucho, e el que compra dlo a buen precio» (pp. 209-09); al presentar la democracia florentina, su sarcasmo no desvirtúan una sincera alabanza por el régimen: «la çibdat, la qual es una de las más fermosas de la xpianitat, así en fermosura como en grandeça como en riqueza e **regimiento**. Esta se rige a meses por personas singulares, por suerte a quien toca, e tal vez cabe así al çapatero como al cavellero, pero su **regimiento** no se puede mejorar» (p.224).*

Fruto de esos buenos regimientos, sus infraestructuras urbanas y servicios sociales, que Tafur admira sin reservas: el servicio contra incendios en Estrasburgo (pp. 237-38), los orfanatos de Venecia (pp. 215-16), la planificación urbanística en la misma ciudad (pp. 209 y 211), los asilos de ancianos en Colonia (p.241), los hospitales de Florencia, estos últimos «con tanta limpieça e tanto **regimiento** e tanto abastamiento, que si nesçesidad de enfermedat ocurriese a un rey o principe estando allí, dexaría su propia casa por yrse allí a curar» (pp. 292--93).

4.4. Itinerario del prestigio

Vamos a examinar la otra cara de la moneda. Si seguimos puntualmente el itinerario geográfico del viaje de P.T., comprobaremos que coincide en gran medida con el de sus encuentros con nobles y caballeros de Europa y Asia, que le honran, regalan, invitan, tratan como a uno de los suyos... Tafur no tiene remilgos, hemos dicho, en hablar de sus amistades con personas de otras clases sociales, desde Silvestre Morosín, el ya citado mercader de Venecia (p.20), hasta el criado del cardenal de Castilla (p.37), o el patrón de la nave, Juan Caro (pp. 137-38), pero es lógico que de prioridad a la mención de las amistades con la clase superior, lo mismo que parece igualmente evidente que su objetivo al hablar de su relación con ellas es prestigiarse a sí mismo. Pero comprobémoslo a través de algunos de los hitos principales de ese itinerario de nobleza.

En Bolonia, «resceví grant honor de los castellanos que allí estavan, ansi perlados como cavalleros, los quales me acompañaron quando fui a demandar licencia al Papa para yr a Irusalem» (p.17); en Gubio, tras una divertida presentación teatral ante el conde Francisco de Urbino (a la que haremos referencia más adelante [4.8]), éste le regala «camisas, paños e tovasas», y más tarde se despedirá del caballero castellano «como si fuéramos yguales en estado» (pp. 39-

40); en Jerusalén, ante Nicolò de'Conti después de mentirle (vid. infra f.7), se presentará como «*fidalgo e cavallero natural d'España*» (96); el trujamán del Soldán de El Cairo y su mujer «*como fijo propio me tenien*», y le regalaron exquisiteces como «*dos gatos de la India, e dos papagayos, e perfumes, e otras cosas, e una turquesa, la qual tengo yo agora*» (p.118); el rey de Chipre, que le recibe «*con tanta humanidad tratado, como si yo fuera su natural (...), mandóme que estoviesse allí a lo menos ocho días*» y cuando hubo de despedirse «*çiertamente de mala voluntad me dava la liçencia*» (pp. 120-22); en Rodas, fray Nuño de Cabrera, caballero de la Orden, castellano, «*muy alegre e amorosamente me resçibió, e tan humanamente fui dél tratado (...), que pudiera yo en mi casa propia ser más piadosamente ni mejor servido*» (pp. 125-26); coincide en la isla con la elección de nuevo Maestre, e inesperadamente «*mandaron por mí a mi cámara donde estava ençerrado e leváronme a la yglesia, e todos en proçesión feziéronme levar el pendón de la Religión...*» (pp. 128-29).

Dejemos por el momento el capítulo de Constantinopla para retomarlo más tarde, precisamente porque va a ser el fundamento de este recorrido, y pasemos, siguiendo a P.T. a lo largo de la costa Sur del Mar Negro, hasta Trebizonda. Allí se permite el lujo de rechazar las invitaciones de su Emperador, recriminándole que estuviere casado con la hija de un turco y hubiese traicionado su cristiandad (pp. 159-60); en Cafa es muy bien recibido por el Potestad (p.160); de regreso a Venecia, sus vestimentas, más de noble que de mercader, le evitan el confiscamiento de sus pertenencias y, al contrario, será regalado por esos mismos oficiales que «*cada día, donde me fallavan, me fazian grant acogimiento como si ovieran un estrecho debdo conmigo*» (pp. 197-98); en Ferrara, vuelve a encontrarse con el Emperador de Constantinopla, «*el qual me resçibió muy alegremente (...) rogándome (...) que cada día le visitase*» y demostrando que «*ya él estava conmigo doméstico mucho*» (p.220); dos meses más tarde, en Colonia, es agasajado también por una digna señora que había conocido en Bruselas, y con quien viajaba hasta allí (pp. 239-240); y también el arzobispo de la ciudad alemana, «*fijo de un duque*», recibe a P.T. y «*tan doméstico era con él como si allí fuera nascido*» (p.241).

En Cleve, será recibido e invitado por el duque de Borgoña (p.244); en Brujas, una dispuesta abadesa le refrescará con buen vino, rogándole que descansa en su monasterio, donde «*como fijo sería tratado*» (p.250); su condición de caballero no le impide ser raptado, de regreso a Basilea, pero, eso sí, no tan «descortesmente» tratado como el resto, después logrará, airado, en un curioso pasaje, que se le restituya una espada robada (pp. 262-64); en Praga, el lugar más septentrional que alcanzan las ansias viajeras de P.T., el duque de Sajonia «*me resçibió mucho bien, e me fizo grant cortesía*» (p.272); después, nada menos que el Emperador de Alemania (el rey Alberto, recién elegido Emperador) «*me resçibió mucho bien e me fizo mucho honor*», invitándole a su propia mesa «*e a la mesa del Emperador non otro sinon él, el cavallero de Prusia e yo*»; y solícito, en la sobremesa, «*dezieme que mirase cuál de las damas me plaçie que dançase, e aun él mesmo dos o tres veçes me levava el antorcha delante*», ofreciéndole más tarde sus varias divisas y un dinero que P.T. tuvo a bien rechazar (pp.273-78); y ciertamente curioso es,

desde luego, que ya en Viena, la Emperatriz mujer del anterior, y no por ser menos que aquél, «*puesto que su marido me avía dado la devisa del Dragón, ella me dio la suya propia que trae en los pechos*», hecho tácitamente relacionado, a buen seguro, con la fama de libidinosa de la señora (pp. 282-83); en Viena mismo, fue a ver a «*Jorge Voniroc, un cavallero que avía fecho armas secretas con Don Fernando de Guivara (...) e yo estava tan doméstico en la casa e con la mujer de aquel cavallero como con madre propia...*» (p.283); finalmente, en las bodas principescas que se celebraban en lo que hoy es Wiener-Neustadt, cerca de la capital austríaca, fue también tratado muy cortésmente por el futuro Emperador Federico y «*continuamente comía con él cada día*» (p.285).

P.T. se vanagloria muy justamente de su trato con la más alta nobleza del momento, de haber sido acogido, invitado, honrado, regalado por ella asiduamente. De hecho descubrimos tras esa reiterada mención un deseo latente de incluirse a sí mismo dentro de esa galería de personajes nobles —algunos de ellos inmortalizados por Benozzo Gozzoli (el Emperador Juan VIII el Paleólogo, como personaje dentro de El cortejo de los Magos), Pisanello (retratista de Filippo Maria Visconti, duque de Milán, de Leonello d'Este, marqués de Ferrara o del mismo Emperador Segismundo) o Piero della Francesca, con quien pudo tropezar P.T. en Urbino o Florencia—. No se ha insistido suficientemente en la relación de la obra con las galerías de Fernán Pérez de Guzmán y Fernando del Pulgar. Se trata de una conexión que podría ser algo más explorada, y aunque la diferencia entre los retratos estáticos de estas obras y los retratos o figuras vivientes del *Tratado* es patente, una vía primera de análisis podría tratar ponderar hasta qué punto la **descriptio** de rasgos exteriores y de **vitia et virtutes** morales, procedentes de la retórica clásica y bien estudiados por López Estrada («La retórica en las *Generaciones y semblanzas* de Fernán Pérez de Guzmán», *Revista de Filología Española*, XXX (1946), pp. 310-52) y Carlos Clavería («Notas sobre la caracterización de la personalidad en las *Generaciones y semblanzas*», *Anales de la Universidad de Murcia*, X (1951-52), pp. 481-526) para las galerías de retratos, están repetidas o modificadas en el *Tratado*. Ello sin contar con la más arriesgada posibilidad —tan sugerente como difícil de demostrar— de que las memorias de Tafur hubiesen ido acompañadas de retratos de personajes ilustres (especialmente los reyes y emperadores pintados por italianos o bohemios como los citados), como ocurrió con los nueve retratos de reyes con los que Jörg von Ehingen, en 1454, ilustró su libro de viajes, reyes que se glorificaba de haber visitado, (*The diary of Jörg von Ehingen*, trad. Malcolm Letts, Londres, 1929; vid., también sobre el tema de las ilustraciones de los libros de viajes, Richard, pp. 50-52). De hecho, el paralelismo entre los retratos literarios de Guzmán y Pulgar y la representación plástica de los mismos ha sido incidentalmente invocada (Clavería, pp. 483-85 y ns.), pero nunca, que conozcamos, propuesta para el caso del *Tratado*, quizás con razón, porque si leemos sus retratos de Amurath II, o del mismo duque de Milán nos encontraremos con descripciones muy distintas —si no opuestas— de las que otros relatos o retratos, respectivamente, nos han dado de los personajes.

Pero la ambición de prestigio por parte de P.T. no se conforma con esa

jactancia solamente, sino que enlaza y se enraiza en una más profunda reivindicación de su linaje y apellido, con lo que nos encontramos con un rasgo común de nuevo entre el *Tratado* y las biografías y autobiografías del XV, desde *El Victorial* hasta las *Memorias* de Leonor López de Córdoba. Estamos en Constantinopla. P.T. logra ser recibido por el Emperador Juan VIII Paleólogo. Se viste «*lo mejor que pude, e con el collar descama, que es la devisa del rey Don Juan*» y acude a la recepción. «*Allí le fize reverençia e le dixé cómo yo venía así por visitar su persona e casas e ver sus tierras e señoríos, e principalmente por saber verdaderamente la raçón de mi linaje, que se dizie aver salido de allí e de la sangre imperial suya*» (p.140). P.T. está postulando nada menos que la conexión entre su linaje y el de la familia real bizantina, la del propio Emperador. Le contesta éste, en efecto, que «*mandaría catar las estorias antiguas e saber la verdad de todo*», y a los pocos días le ofrece en respuesta una historia un tanto sospechosamente legendaria y remota. Su comienzo, ese «*dizen que antiguamente —el tiempo que me fue dicho non se me miembra bien— que un emperador...*», nos recuerda excesivamente las indefiniciones para explicar el origen del linaje paterno Pero Niño (*El Victorial*, p. 47). Su continuación parece inconcebible porque propone una utópica democracia medieval: «*un emperador de Constantinopla mandó por todas sus tierras que pechasen e sirviesen e en toda cosa contribuyesen los fidalgos ygualmente con los villanos; e los fidalgos de su señoría, viendo tan grant desaforamiento, fablaron con su fijo mayor...*» El Emperador, indignado contra el hijo que hacía de portavoz de la protesta nobiliaria, lo mandó desterrar y el Príncipe, por no querer enfrentarse con su padre, huyó de su tierra y llegó a Castilla en tiempos de Alfonso VI, tomando el nombre de «conde D. Pedro» o «D. Peryllán» (Pedro Yllán), «*el que fue padre de D. Estevan Illán*» (pp. 141-49).

La indefinición primera se va concretando con nombres y apellidos. Sin embargo, las noticias que en nuestra crónica pueden documentar tal linaje son confusas y en todo caso distintas de las que ofrece el *Tratado*. Durante el reinado de Alfonso VI no se halla testimonio de aquel conde don Pedro, y sólo encontramos en la *Primera crónica general* (pp. 521a y 650b) la noticia de un «*conde don Henrric natural en tierra de Constantinopla, et cormano del conde Remondo, padre dell emperador, et casó, como dixiemos con donna Teresa, fija daquel don Alffonso...*» (más ampliamente en **PCG**, pp.648-51). El rey Alfonso VI tuvo con su amiga Jimena Muñoz dos hijas: Elvira y Teresa. La primera, Elvira, casó con el conde don Raimundo IV, llamado de Saint Gilles («Sant Gil» en la **PCG**) y tuvieron un hijo llamado «Alfon Jordán». La segunda, Teresa, fue la que casó con «don Enrique», cormano del padre del Emperador de Constantinopla. Si Tafur dice que el rey le dio en matrimonio a una hija suya, legítima, habría de tratarse del matrimonio de este Enrique (no don Pedro) y de su matrimonio con Teresa, del que nacería el futuro Alfonso I de Portugal. Fue este «don Enrique» el que ganó a Solín y a Tortosa (de Siria) (incluso hay un recuerdo de él en el **L.C.**, p.36). Las noticias que ofrecen las genealogías no sabemos hasta qué punto están condicionadas por los propios datos transmitidos por el *Tratado*. Los principales datos al respecto los recoge Jiménez de la Espada,

en su «Catálogo», bajo las entradas de «Peryllán» (pp. 480-83) y bajo «Yllán (D. Estevan)» (pp. 554-56), pero ya Fernán Pérez de Guzmán afirmaba que ese linaje «en historia auténtica no se halla».

Antonio Ochoa (1985: 288) corrobora nuestra falta de noticias: «la personalidad de Don Pedro no aparece en textos bizantinos históricos, ni lo hemos visto mencionado en documento alguno». La situación, añade, podría hallar puntos de semejanza en alguna de las sublevaciones que se dieron durante el reinado de Miguel VII Parapinaces, aunque nunca coincida con el enfrentamiento del heredero contra su padre. El caso es que el mismo interesado, P.T., duda incluso cuando hace descender de esta discutible rama a un personaje, éste sí perfectamente atestiguado: «*e aquel D. Pedro Ruyz Tafur, que fue principal en ganar en Córdoba, era nieto del conde D. Estevan Yllán, fijo o nieto [antes había afirmado que era hijo, algo menos que probable] de aquel D. Peryllán, príncipe que ya dixen*». La **P G C** (pp. 729b39-730b21), en efecto atestigua a Pero Royz Tafur como destacado en la toma de Córdoba.

No sólo por los personajes constatados cronísticamente (Pedro Ruiz Tafur) o remotamente discernibles (Pedro y Esteban Illán), sino por la misma etimología del apellido, «Tafur», parece evidente que los argumentos que expone P.T. en este crucial capítulo del *Tratado* no pueden ser ficticios más que en una pequeña parte. Corominas recoge en el **D C E L C**, bajo la voz «TAHUR» dos étimos muy diferentes: uno viene del armenio **thaphúr**, ‘abandonado’, ‘desnudo’, ‘vagabundo’; el otro también del armenio **tagavor**, ‘rey’. Pero sabemos que el nombre era aplicado a los auxiliares armenios de los Cruzados, famosos por su pobreza y bestialidad, que llegaba hasta la antropofagia (crf. la *Gran conquista de Ultramar*, ed. B.A.E., passim, p. ej. p.211). Con la ‘f’ ya aspirada, la palabra tenía ya en el XIV el sentido actual (documentado en Juan Ruiz o en los *Castigos del rey Sancho*). ¿Es que sentiría algún complejo P.T. por lo peyorativo de la variante alófona de su apellido? ¿Hasta qué punto la reivindicación de su nombre y genealogía fueron motor del viaje? Son preguntas abiertas y confío en que no parezcan demasiado peregrinas.

No es de extrañar, por todo lo dicho, que P.T. se extienda largamente en explicar por qué las armas originales del escudo de la familia del Emperador (los jaqueles) habían cambiado siglo y medio antes por otras (eslabones), con las que ya coincidían las de P.T., aun cuando «*oy están por los muros e torres e posadas antiguas e iglesias de la çibdat*», y en puntualizar que «*si yo traigo en mis armas unas barras dentro, esto es que por casamientos se a mezclado*». Las barras serían una fajas de gules, y el escudo es descrito así por García Caraffa en su *Enciclopedia heráldica*, bajo el apellido «TAFUR». En nuestro trabajo anterior sobre el *Tratado* (Beltrán, 1985: 21), que seguimos en estos momentos, llegábamos a la siguiente conclusión: «creemos haber unificado suficientes datos para deducir la veracidad en *lo esencial* del episodio de la reivindicación del linaje remoto de Tafur». Nos congratulamos de que, por la vía del estudio histórico y heráldico J.A. Ochoa (1985: 289-93) llegara paralelamente a semejante conclusión respecto al episodio: «nada nos permite afirmar que existiera [el repetido Don Pedro] pero tampoco hay garantía de que se trate de una leyenda (...) su

invención no es absoluta, pues hay demasiadas coincidencias y no sólo en la fecha histórica de nuestro Don Pedro. El monarca atiende a Tafur sin extrañeza y con la posibilidad de encontrar solución; podríamos pensar que una reacción contraria la ocultaría el caballero andaluz, pero además se le explica el porqué del cambio de escudo».

Hemos tratado de analizar más a fondo esa doble faz contradictoria de P.T., a través del doble itinerario que él mismo nos propone. Del primer itinerario, extraemos la imagen de un P.,T. más moderno que el prototípico caballero retratado en el XV: un ser de inquietudes sociales, de mentalidad abierta, un P.T. culto, inteligente, observador, de ambiciones materiales, pero también de sensibilidad social. Del segundo, una imagen mucho más acomodaticia respecto al arquetipo del retrato estático del gótico: un P.T. que se vanagloria de manera monocorde e insistente de pertenecer a una nobleza sin fronteras y de compartir con ella trabajos y ocios. Esta segunda imagen, contemplada a primera vista, no parece aportar gran cosa respecto a la imagen típica del retrato medieval, de no ser porque, teñida por la primera imagen, se difumina en unos tintes que desleían y contradicen la propia teoría sobre la nobleza y la caballería esbozada por el autor en su prólogo. Y en efecto, nos damos cuenta de que el libro transparenta una **práctica** de la nobleza que no está basada en la rígida estamentación **teóricamente** propugnada, sino en una premisa de «nobleza» como mezcla de favoritismo en el trato, facilidad en la resolución de problemas, comodidad en el servicio, cordialidad, cortesía, halago, ofrenda, esmero... Una concepción ciertamente elitista, pero más cercana de lo que hoy llamaríamos una concepción burguesa que de la feudal (básicamente militarista) del término. Su alabanza de la «**fidalgúa**» de los mesoneros de Colonia parece concluyente: allí encuentra «*muy buenos mesones ordenados para resçibir, si menester fuese un rey. E se ayuntan çiertos onbres caudalosos, e cada uno pone su cabdal, e así como da así tira, e escogen para fazer mesonero onbre muy sufiçiente e fidalgo, que dizen que para resçibir buenos, bueno conviene que sea*» (p.241).

Ese desleimiento del que hablamos está dibujando la imagen del caballero cortesano. P.T. busca y alcanza su prestigio en la corte. Aprecia su espada, y no olvida sus deberes en «*la guerra de los moros*» (pp. 122, 249 y 280), ni la mención de haber participado en la expedición contra Gibraltar preparada por el conde de Niebla (pp. 3-6), pero apenas llega a hacer uso del arma en su viaje (una excepción se da en p.62). La palabra «doméstico», en el sentido etimológico (sentirse en el extranjero como en casa), por encima incluso de la de «noble», sintetizaría esa actitud pragmática respecto a la nobleza: protección, elitismo, comodidad y privilegio. Sentimiento de distinción que lo elevaba socialmente, y cuyo momento culminante será el descubrimiento de su origen genealógico, verdadero epicentro del *Tratado*.

4.5. El valor literario de la obra

Queda pendiente el tema del valor literario de la obra. Parece que la crítica haya ido depreciando ese aspecto con el tiempo. Julio Cejador (citado por Ramos,

p. xxxiv) destacaba que la obra «es amena en la descripción, atinada en las observaciones, animada en las aventuras, desembarazada y llena de buen humor en el estilo, llana y corriente en el lenguaje»; Hurtado y González Palencia (apud Ramos, p. xxxv) que «narra lo que ve de modo agradable e instructivo». Sin embargo, llegados al mejor estudio sobre la obra, nos informa tibiamente Vives (p.1) de que «todos los manuales de Literatura española le han dedicado algunos párrafos, los que merecía por su valor literario que no es grande»; Barbara Fick (1976: 227) llega a concluir que: «el rasgo más interesante del lenguaje de los autores [de libros de viajes] es el uso intensivo de vocablos provenientes de idiomas extranjeros». En términos mucho más razonables creemos que expresa Meregalli (1957: 64-66) las posibles cualidades literarias de la obra. Se trata, para el hispanista, de una prosa primitiva e ingenua, escrita sin afán de hacer literatura y sin cultura literaria. Pero esa falta de esmero literario —que puede caer en la monotonía y la tosquedad, como en el caso de la *Embajada*— es suplida por una mente vivaz y un espíritu de observación incisivo, que hacen que la misma ingenuidad se transforme en elemento estilístico: «le sue intonazione espressive non sono molte; ma Tafur sa comunque variare il racconto, alternando la semplice notazione dei fatti col rilievo di particolari la cui suggestività non gli sfugge, e con considerazioni sobrie e sempre nascenti da una spontanea riflessione. Presentandosi l'occasione, il nostro viaggiatore sa anche introdurre l'osservazione ironica o divertita». A nuestro juicio, Meregalli acierta con el verdadero **quid** del problema del valor literario: «il fatto che un libro non si proponga esplicitamente un fine artistico, nè si inquadri in solenni tradizioni, nè abbia sovrastrutture ornamentali, non intacca affatto il suo valore letterario». Sólo encuentra el hispanista italiano en el XV una obra de relación de hechos históricos de valor literario superior a la del P.T., y ésta es *El Victorial*.

Palabras como las últimas citadas de Meregalli estimulan y legitiman nuestra apreciación literaria —añadida al valor histórico, puesto de relieve desde siempre y especialmente enfatizado por los historiadores bizantinistas— por la obra. Si a ella añadimos los comentarios de Fitzmaurice-Kelly (1926: 87), estaremos en el camino de nuestra valoración final: «El atractivo del relato estriba (...) en la personalidad del escritor mismo, en sus espontáneas ocurrencias, en la condición de su maleante ingenio, en su curiosidad (...); al leer sus *Andanças*, presiente uno la inmediata llegada del análisis moderno, que se abstiene de afirmar demasiado, y del cual debió de tener necesidad cuando, vuelto a España, ocupó el cargo de regidor de Córdoba». Porque, en efecto, bajo lo que el mismo Jiménez de la Espada (p. xv) reconocía como «hechura desmesurada de sus párrafos y las rudezas arcaicas de su lenguaje», albergan un conjunto de observaciones, comentarios jocosos —«un certo contenuto e malizioso umorismo», sugerirá de nuevo Meregalli (1957: 62)—, así como «espontáneas ocurrencias», las que reconocemos, y eso es lo importante, una personalidad de autor-viajero (ambas unidas y a veces confundida por mor del relato autobiográfico).

Démos cuenta de que algunos de los comentarios citados —que aluden a «observaciones irónicas», «espontánea reflexión», «análisis», «mostración de

«personalidad»...— sugieren de manera pleonástica una concepción realista de la escritura por parte de P.T. Realismo no entendido como mimesis de un presente histórico, que naturalmente se da en cuanto que su obra relata hechos históricos, sino como progresiva adquisición por parte del autor de perspectiva sobre su obra, en el sentido artístico más amplio del término (tan bien estudiado desde Panofsky para las variantes artísticas del Renacimiento), perspectiva que le ofrezca una libertad— aun dentro de los corsetes impuestos por unos presupuestos genéricos— de uso de materiales y de elaboración de los mismos, que permita trasparentar una personalidad vital e infundir el sello autorial de ésta a la obra artística.

4.6. Detallismo y realismo

Empezaremos por las características más sencillamente indicativas de ese «sello» de autor: las metáforas o comparaciones, cuyo uso puede imprimir una superficial diferenciación estilística. Lo cierto es que el *Tratado* se caracteriza por una cierta expresividad verbal, bien es verdad que de difícil acceso —y que sin embargo desdice las «rudezas arcaicas de su lenguaje», de las que era acusado por Jiménez de la Espada— y por la utilización de una serie de comparaciones que surgen espontáneas y vivaces, alegrando su prosa. Hay comparaciones más tópicas, del tipo de «*una roca tan alta [Gibraltar] que paresçe que llega a las nuves*» (p.6), después de la persecución de los turcos, ya a salvo, «*reposamos como quien escapa de una grant dolencia*» (p. 125). Además de las comparaciones, apreciaciones ponderativas: el rey de Chipre, además de ricos regalos, le ofrecerá una nave con «*tantas vituallas para yr fasta Rodas, que bastaran para un año*» (p.121). Por no hablar de las hipérboles comparativas: en la fiesta veneciana, «*paresçe que la mar non se dexa ver, tan llena va de fustas*» (p.199); en Sluis, el puerto de la Haya, «*paresçe que la mitad del mundo se armó para combatir aquella villa, tan grant flota está siempre en ella e de todo linaje de navios*» (p.250); y otra más en Sluis, donde dada la diversidad de la gente que lo transitaba, exclamará: «*allí verés todas las naçiones del mundo comer en un pesebre sin rifar*», es decir, sin reñir (p.250); cuando P.T. exige su espada robada, «*truxéronme mi espada, diziendo que el Duque avía fecho más por la cobrar que por una villa*» (p.264); en Breslau (o Wroclaw), «*paresçe que las calles son de vidrio por el grande yelo*» (p.279) y, precisamente a causa del frío, señala P.T. entre irónica e hiperbólicamente que: «*allí se despiende, creo, más pelletería e más espeçería que en la mitad del mundo*» (p.279); en Viena, en la catedral de San Esteban, «*estavan en ella unos órganos tan grandes, que paresçe quando tañen que toda la iglesia se cae*» (p.282); en Venecia, «*esta cibdat es tan limpia para andar por ella como si anduviese onbre por una gentil sala, por quanto ella es bien enlosada e bien enladrillada*» (p.211); en San Gotardo, en plenos Alpes, «*sovimos ençima los Alpes a una hermita que llaman San Tocardo, bien veçina del çielo (...), e paresçe de allí Italia, e quien pudiese e abastase la vista la vería de allí, tanta es la altura*» (pp. 231-32).

Las notas de detallismo son abundantes en la obra, pero se trata de un

detallismo común a buena parte de la narrativa del gótico tardío (y a los libros de viajes, en particular), de manera que resultan más indicativas de una cierta mimesis histórica que concluyentes como supuestos índices de realismo, toda vez que tal detallismo ha sido estudiado también dentro de la esfera del primitivismo (ver solamente Huizinga, *El otoño de la Edad Media*, 1978, caps. 15-16 y 19-20, y Carlos Bousoño, *Épocas literarias y evolución*, 1981, caps. XIII-XV). Tal vez fuera, sin embargo, interesante, estudiar la inserción de ese detallismo dentro de procedimientos retóricos del libro, como la **descriptio**, e incluso confrontar la aparición, proporción y conjunto de detalles descriptivos en momentos en los que P.T. coincide con el relato de la *Embajada*, como es el caso de Roma o Constantinopla. Seguramente partiendo de la premisa de que el hidalgo sevillano debió de haber conocido un texto de la *Embajada*, si no igual, sí muy semejante a alguno de los que han llegado a nosotros.

Importantes parecen los apuntes de lo que hoy llamaríamos, con terminología de crítica estructural, reflexividad del autor sobre el proceso de su escritura, y que están casi siempre relacionados con ciertos escrúpulos o dudas —desde luego que a veces retóricas— respecto a la veracidad, exactitud o capacidad para saber describir un determinado referente o narrar un acontecimiento. Espigando en el texto, notas del tipo de «*cosa bien dura de creer*» (p. 147), «*yo me temo mucho de decir...*» (p. 153), «*yo non sé cómo escriba de tal cosa*» (p.172), «*esto yo non lo vi, pero dicho me fue*» (p.194), «*dizen que...*» (p. 193, 242 y passim); notas en las que se excusa de poder parecer exagerado, y que de algún modo desempeñan el papel ponderativo de los apreciativos que difícilmente hallamos en el *Tratado*: «*aunque paresca que yo digo mucho...*» (p.153), «*tantos [camellos] que non lo escribo porque non paresca hablar demasiado*» (pp. 94-95), «*yo dubdo, non solamente poderlos escrevir [los monumentos de Roma], mas aún aver mirado entiendo como se devia; e si yo, segunt la magnificencia e grandeza de la cosa, en algo menguare, sea perdonado, porque yo non soy bastante a tan grant fecho*» (pp. 21-22), «*non se cómo pudiese escrevir un fecho tan grande como éste desta feria [la de Amberes]*» (p.260), «*yo non sé en qué manera pudiese loar el fecho que yo aquí vi [los canales y abundancia de barcas en Venecia]*» (p. 215); «*yo vi tal que mudo...*» (p.211); y notas que, en cuanto introducen léxico religioso, aunque sea desamentizado, hemos de leer como guiños de ironía o de picardía hacia el lector: «*non paresçe que se deve dar grant fe*» (*Tr.* 177), *mas fe daria yo a qualquier de los Evangelistas*» (p. 178), «*aún esto non es pecado dexallo de creer*» (p. 178).

Más interesante resulta ligar el último grupo citado a otra serie de afirmaciones con las que P.T. afronta, desde su posición de viajero y de escritor que rememora quince años después su viaje, ciertos aspectos del mismo, y lo hace siempre dentro del terreno de la observación realista o analítica, demostrándonos un sano escepticismo, cuando no rozando la frontera de la incredulidad con su ironía. Incredulidad que nada tiene que ver con una crítica iconoclasta, desde luego, inconcebible en pleno siglo XV y, por ende, en la persona que acude a los Santos Lugares con una suma de creencias firmes y piedad popular totalmente sinceras, sino que se avendría en todo caso con el espíritu controvertidamente

burlón de un Juan Ruiz, aunque reprimiendo desde luego la jocosa y abierta risotada de éste. Así P.T. acepta de buena gana el rosario de innumerables reliquias que le van siendo presentadas en Jerusalén, desde la sogá con la que se ahorcó Judas, hasta el dedo de la mano derecha con que señaló Juan Bautista el Agnus Dei, pasando por la «*baçina donde se lavó Nuestro Señor*», los dineros con que fue vendido, las espinas y un clavo de su cruz... (para completar la lista, basta acudir al apartado «Reliquias santas» en el Índice de materias del Tr.). Sin embargo, si confrontamos esta lista con la que ofrece la *Embajada* (pp.51-53 y passim; vid. Antonio Garrosa Resina, «La fantasía de las reliquias inverosímiles en las letras medievales castellanas», *Castilla*, II (1986), pp. 123-38), al paso de sus componentes por los mismos lugares, entenderemos que P.T. acabó cansándose de esa ristra inacabable y seleccionando tan sólo algunos de los artículos devoto-turísticos que le fueron ofrecidos.

Así se explica el escepticismo crítico con que nos transmite lo que le ocurrió en Nüremberg: «*Aquí está una yglesia donde el emperador Carlo Magno puso las reliquias que traxo de Ultramar, quando ganó a Ierusalem; e fui allí con los Cardenales e ver aquellas reliquias, e mostráronnos muchas, entre las quales nos mostraron una lança de fierro tan luenga como un cobdo, e dezian que aquella era la que avia entrado en el costado de Nuestro Señor; e yo dize cómo la avia visto en Constantinopla, e creo que si los señores allí non estuvieran, que me viera en peligro con los alemanes por aquello que dize*» (pp. 269-70). La cita desprende una graciosa sorna por parte de alguien suficientemente experimentado como para estar por encima de una contienda acerca de la prioridad de una reliquia sobre otra, y que por tanto relativiza su importancia. P.T. se hace el ingenuo: «*yo dixe cómo la avia visto en Constantinopla...*», para provocar la situación cómica, pero con su finta nos descubre que quiere mostrarse más como inteligente y malicioso provocador que como desprevenido inocentón.

La misma aparente contradicción en otros momentos. Acepta las reliquias, mostrando una sincera creencia (frente al cuerpo de Santa Catalina, sin más «*non lo acostumbran mostrar, salvo de lugar que non lo puede onbre bien devisar, pero paresçióme que devía ser, segunt su grandeza, más de un palmo que la más alta muger que agora se falla*» [p.93]); muestra creer en el supuesto milagro acaecido poco antes de su llegada en la capilla de los Reyes Magos de Colonia (p.242); o repite con naturalidad, como era de esperar, el origen del Nilo en el Paraíso Terrenal, fundamentado, como hemos visto, en el mismo L.C. Sin embargo, más son, proporcionalmente, las pruebas de incredulidad, poniendo abiertos reparos a la hora de presentar leyendas: la del castillo de Santángelo; que explicaba la destrucción de monumentos en Roma por intervención de un ángel (pp.23-24); la de San Jorge y el dragón («*allí en Barut dizen que mató Sant Jorje al Drago...*», p.65); la de las serpientes del Hipódromo de Constantinopla: «*dos culebras de alatón dorado rodeadas una con otra, e dizen que la una lançava vino por la boca e la otra leche, e dizen que non las puede ninguno mentar; a esto non me paresçe que se deve dar grant fe*» (p.177), desprecio que contrasta con la aceptación de la *Embajada*, que acata sin reservas para este mismo caso el «*encantamiento que fuera fecho*» (*Emb.*,43); la de la estatua del Justo, de cuya

veracidad también se burla a través de una divertida historia —**exemplum** (pp.177-78); a propósito de la del Angel-niño, guardián de los muros de Constantinopla, concluye con gracia que *«poderse ía dezir agora quel niño era venido, e el Angel avía dexado su guarda, pues todo es tomado e ocupado»* (pp.179-80); duda igualmente sobre la veracidad del antropófago monstruo marino de Split (p.194); y especialmente ilustrativa, en fin, es su pregunta al experimentado Nicolò de' Conti, que le está relatando su viaje a las tierras del legendario Peste Juan, pregunta que lo muestra más que reticente sobre la veracidad de las maravillas mandevillianas *«si avía visto cosas monstruosas en la forma humana, así como algunos quieren dezir onbres de un pie o de un ojo o tan pequeños como un cobdo o tan altos como una lança»*, a lo que el italiano contestaba: *«que non sintió nada de todas estas cosas, pero que bestias vido de estrañas figuras»*, dando como ejemplos los más verosímiles de un elefante blanco, encadenado y adorado como dios, *«un asno (...) de quantas colores se podien dezir»*, *«muchos onicornios, e muchas animalias que serie largo de escrevir»* (pp.106-107).

Si vamos recogiendo todas estas observaciones de escepticismo es porque, además de por su valor intrínseco, nos pueden ir acercando, como repetidas muestras de análisis y perspectiva distanciada frente a una realidad impuesta, a la constatación de uno de los aspectos más característicos —si no el más— de la escritura de P.T., directamente relacionado con ese distanciamiento: me refiero a su humor. El humor representará un grado mayor de realismo en cuanto que puede transparentar de manera más adecuada la personalidad del autor y esa transparencia será doblemente clara, como veremos, desde el momento en que ese humor se sume y funda con la primera persona del relato. P.T. hace desfilar y nos transmite su «yo» curioso, ávido de conocimientos y aventuras, con sus delirios de grandeza, sueños imposibles e incluso comprensibles debilidades con las que el lector no tiene más remedio que simpatizar, como cuando en Génova *«fuime a reposar bien cansado, e enojado, e mareado, e quito de toda ufanía»* (p.11), o cuando en el malsano reino de Chipre, cerca de Nicosia, *«me dio tan grat dolor de cabeça, que pensé morir, e de allí aquel mesmo dolor se me abaxó a los pechos, e al estómago, e a la barriga, e a las caderas, e a los muslos, e a las rodillas fasta los pies (...) que pensava si (...) muriera»* (p.67).

Pues bien, ese «yo» persona, que pretende ser fiel a sí mismo (humano con debilidades) y no a la Historia con mayúsculas, puesto que la historia que le interesa contar es la suya propia, nos va dejando huellas claras a lo largo del relato de su personalidad, aderezando éste con notas humorísticas que, de no ser tan abundantes, juzgaríamos anecdóticas, pero que tan ricas, tantas y tan bien graduadas llegan a aparecer que no podemos negar que tiendan a crear una cierta voluntad de estilo. Pasemos a verlo en algunos casos.

4.7. El humor como valor literario

Cuando se refiere a Roma, es evidente que critica con humor satírico-moralizante (el de un Sem Tob de Carrión, diríamos), que no es, sin embargo, el

más característico del autor, la decadencia de la ciudad: «*Roma, que solie ser cabeça del mundo e agora es cola (...) están en tan baxo estado que dezirlo es vergonçozo (...) pluguiese a Dios que ya ellos fuesen para regir a sí mismos, e non fuesen como los ytalianos dizen por ellos, que son vituperio de la gente, dados a todos viçios*». La expresión antítesis primera culmina con una ampliificación, a modo de ejemplo, en la que no sabemos si destaca más poderosa la burla despreciativa o la voluntad crítica moralizante: «*Jamás fallé un onbre en Roma que me sopiese dar raçón de aquellas cosas antiguas por que yo demandava; más creo que lo sopieran dar de las tavernas e lugares deshonestos*» (pp. 34-35). No volveremos, en todo caso, a encontrar ese posible tipo de humor moralizador. A partir de ahora, basará su juego en la burla, más o menos irónica, incluso en algún caso tocante a lo religioso, como cuando nos hable de la tribu egipcia «*que se rapan la cabeça e las barvas e las cejas e las pestañas, e muestránse vivir como locos, diziendo que aquélla es santidad*» (p. 76); porque cuando comenta el comportamiento del arzobispo de Colonia, que «*segunt su portamento, más apto me paresçe para la religión seglar que para la eclesiástica (...) e las damas, que me paresçe que aún del todo non las tenía aborridas*» (pp. 241-42), la supuesta represión moral primera se ha trocado en amable comprensión y burlona complicidad. Las burlas no desmerecen en boca del duque de Borgoña (p. 246), ni desfiguran la solemne presencia de todo un obispo de Burgos, que «*fizo conmigo tantas alegrías quantas pudo*», tras una inteligente respuesta de P. T. al enviado del Emperador, «*e aun después en Castilla delante de mí al rey Don Juan lo notificó*» (pp. 277-78).

Los ejemplos de burla, así, desprendidos de esa tintura moralizante, se multiplican: P. T. propone, a tenor del pequeño tamaño de los caballos turcos, que Castilla aumente su caballería a base de incorporar nuevos equipos: «*los cavallos siempre al sereno, sin ningunt amparo, e creo que aunque ellos de su naturaleza sean flacos e para poco, aquel mal pasar continuo los faga para menos, e paresçe que apenas pueden traer ençima a sus señores; e segunt el gran número de cavallos paresçe cosa difícil de creer, mas segunt las bestias que ay en Castilla, así roçines en Galliçia, como en las montañas e en toda Castilla, e azémilas e mulas, e aun asnos —que tanto querria facer armas en ellos como en cualquier de sus cava-llos—, bien creo quel nuestro reyno fencherie aquel número*» (pp. 155-56); al igual que podíamos adivinar la hilaridad del mundano obispo, lo hacemos con las jocosas presentaciones que nos hace P. T. de los baños públicos en Brujas, donde «*los baños de onbres con las mugeres, por tan honesto lo tienen como acá visitar los santuarios*» (p. 254); y en Basilea: «*allí me paresçe que non an por desonesto entrar en los baños los onbres e las mugeres desnudos en carnes (...) Estava allí una señora (...) e a sus doncellas muchas veçes me acaesçió echalles dineros de plata en el suelo del agua del baño, e ellas avíanse de çabullir para sacarlos en la boca, e de aquí se puede creer qué es lo que tenían en alto, quando la cabeça tenían baxa*» (pp. 234-35). Aunque los baños públicos de Brujas encandilaron a otros viajeros, como Poggio o Leo von Rozmital (vid. M. Letts, ed. *The Travels of Leo of Rozmital...* [1465-67], trans. from the German and Latin and ed. by —, Cambridge University Press, 1957, p. 31 y n., donde es

citado como confrontación de su episodio el propio *Tratado* de P.T.). En esta última cita, especialmente, descubrimos el guiño al lector, inequívocamente profano, desenfadado y malicioso, que juega divertidamente con la perifrasis elusiva («... lo que tenían en alto...»), la antítesis (de nuevo entre «alto»/»baxa»), la lítote («non an per desonesto») y que aprovecha el léxico religioso y moral —ahora lo vemos claramente— para mostrarse más eficazmente provocativo: «non an por **desonesto**», «tan (...) **honesto** como acá visitar los **santuarios**, «diziendo que aquélla es **santidad**»... Tocante a la moral, igualmente jugará P.T. con otros equívocos, como cuando hable del agua del Nilo: «*Esta agua desta rivera es la mejor que yo fallé; bien paresçe agua de Parayso. En este tiempo que yo allí estuve jamás non bevi sinó desta agua, pudiendo beber buen vino*» (p.75).

Pero el humor en el *Tratado* cubre también otros registros. Nos hemos aproximado al de la incredulidad, sintetizado en el —de nuevo con léxico religioso subvertido— «*aún esto non es pecado dexallo de creer*» (p. 178), o el «*más fe daría yo a qualquier de los Evangelistas*» (p.179). Se utiliza en estos casos una finta pleonástica para esquivar el hecho de tener que mostrarse duramente escéptico. Pero nos encontramos con otros casos en los que la ironía quiere subrayar algo mucho más insólito en una autobiografía caballeresca, si bien comprensible desde un punto de vista realista: el miedo. Es aquí el P.T. acomodaticio, ducho y mundano, que conoce tanto que no le resulta ya un desdoro el ser acusado de cobarde, sino que osa ridiculizarse a sí mismo mostrándose humanamente miedoso; cuando está en Constantinopla y el Gran Turco pasa de largo, «*buena cosa fue sin peligro e trabajo verle pasar con tan grant exército*» (aunque el contexto permite dar otra lectura; p.185); después de una peligrosa tormenta, en Creta, «*si yo en tierra firme estuviera, segunt el miedo que avía pasado, para siempre nunca tornara a la mar*» (p. 191); y sobre todo, cuando elude humorísticamente la invitación del señor de «Hanesberque» (Heinsberg), que acaba de contar sus infortunios en España, y por culpa de castellanos, y que sin embargo le invitaba con ambigua amabilidad, porque «*quería fazer paz en castellanos*»: «*E yo enviéle mucho a regraçiar su buena voluntad e [dixe] que yo yva depriosa al duque de Borgoña, e avía de bolver al Conçilio, e a la vuelta yo le visitaria, e así me despedí dél*» (pp. 239-40). Naturalmente, P.T. no regresará nunca a visitarlo. Es siempre la exhibición sin tapujos de ese miedo comprensible, del que igual se burla si lo recuerda en él que si lo recuerda en los otros, como cuando es elegido el nuevo maestro de Rodas, con lo que se decidía la suerte de muchos seguidores y «*algunos, aunque era de noche, bien paresçie que estavan amarillos*» (p.129). Podríamos añadir además, otro gracioso ejemplo que se da caminos de Rodas: «*vimos venir una galea de turcos, que venía contra nosotros por tomar e despedazar (...), e nosotros a vela e a remos, e ellos así mesmo, tanto que allí non fallaçia la letanía, las manos bien trabajadas de remar*» (p.123).

Habría que insistir en el humor basado en referencias eróticas. P.T. se muestra bastante grosero (ya se han visto los comentarios sobre los baños públicos). La maliciosa puntualización no abandona nunca a P.T., que aprovecha cualquier comentario para darle su personal tinte de gracia: estando en Damia, le envían

encargo para que transporte, destinada al rey de Chipre, una piel de cocodrilo, «*e ofreciõse que avian muerto uno e estava fresca e olie muy mal, tanto que mejor fuera aver traydo una fija del Adelantado muy fermosaa quél allí tenie, quel cuero de la cocatriz*» (p.119). Aunque afirme Cartellieri (1927: 9) que: «Tafurs Sinn für das ästhetisch Schöne ist nicht so fein entwickelt wie sein Sinn für das Praktische», no le es ajena, sin embargo, la apreciación estética de la belleza femenina, que al menos aparece en una ocasión, en medio de la descripción de Constanza, entre un apunte sobre los arrabales y otro sobre la Catedral: «*Aquí ví la más fermosa muger que jamás vi nin espero ver; e tanta era su fermosura, que yo dubdava si en persona humana tanto pudiese caver*». Descripción no exenta de una puntilla irónica final, como la de quien se ve obligado a rematar una expresión que ha sido excesivamente sincera, por miedo a resultar cursi, con una frase que acaba ironizando y poniendo en duda esa misma sinceridad: «*si ella tanto fuese buena quanto fermosa, grant parte le faríen del Parayso*» (p. 267).

El humor de P.T. puede ser enormemente sarcástico, como cuando, estando en Ferrara, se celebra el Corpus y «*estando allí el Papa e el Emperador, con muchas compañías tan magnificamente se celebró la fiesta, que en una aldea de diez veçinos non se pudiera fazer más pobremente*» (p. 222); sarcasmo de tintes maliciosos, como cuando describe las columnas de San Jorge en San Marcos de Venecia, que daban inmunidad a los delincuentes, por lo que «*allí los vellacos es el jugar de dados, e otras vellaquerías, loando aquel que tanta libertad les habia dado*» (p.207). El sarcasmo actúa por desprecio y superioridad. La otra cara es el humor localista, que trabaja la fórmula de la supuesta inferioridad para producir la crítica: al hablar de la misma plaza de San Marcos, tiene P.T. la sorna de comparar que «*allí cada jueves se faze mercado, sé que mejor quel de la Torre del Campo, aldea de Jahén*» (p. 206); o al organizar el divertido marqués de Ferrara una carrera de damas, la de exclamar: «*Si allí estuviera la Garandilla de Alcudia, bien les diera tres bueltas e ganáralo todo*» (p.226). Este que llamamos «humor localista» va complementado por otras comparaciones, solamente a veces humorísticas, con ciudades españolas: Córdoba y Sevilla, especialmente (citadas por López Estrada, 1984a, 113), pero también Salamanca (p.72), Medina del Campo (pp.206 y 260) o Valladolid (pp.223 y 284).

4.8. Humor autobiográfico

Pero nos interesa destacar, por encima de estas observaciones humorísticas dispersas, algunos episodios en los que el humor no es un mero adorno expresivo, sino que determina la narración misma, pasa de ser elemento retórico a característica de la modalidad del relato. En ellos descubriremos, no ya el carácter socarrón y escéptico del P.T./escritor, sino ese mismo en el P.T./protagonista. El descubrimiento de este último, el P.T./protagonista debemos agradecerérselo, naturalmente, al primero (P.T./escritor), pues es él quien permite que nos adentremos en su comportamiento. P.T./autor es consciente, no cabe duda, de que observamos por la ventanilla de su relato, y por eso abre postigos cuando le interesa. Se prepara con antelación, se viste y transforma en la manera que quiere

ser observado, y comienza su representación. Y no me refiero a representación tan sólo metafóricamente, sino pretendiendo explicar la función «actorial» que P.T. desempeña a veces en el relato (y actuando obviamente para ser visto, para ser leído como tal «actor»). Comprobémoslo en un casi insólito episodio (con razón Letts, 1926: 6, lo llamaba: «an extraordinary subterfuge» y no entendía su sentido: «the need of which I am at a loss to understand»), que ilumina otros varios de la obra.

Camino de Gubio, P.T., que se proponía conocer al conde de Urbino, ve acercarse su comitiva: «*vile venir en medio de los clérigos e cantando así como ellos (...) Yo llegué al conde e le fize reverençia e le dixé que me fiziese algunt bien por amor de Dios, que era un pobre onbre que venía de Roma e yva a Ierusalem...*» Extrañan esas palabras: un hidalgo orgulloso como él..., ¿pidiendo limosna? Después descubriremos que se había disfrazado previamente, además, con el hábito de los peregrinos. Pero advirtamos ahora cómo organiza P.T. su montaje teatral: «*e los míos quedaron a trecho, que les avía dicho que non llegase ninguno conmigo*». El conde de Urbino comienza a interrogarle, admirado de sus modales y desconociendo que se trataba de un gentilhomme: «*preguntóme de mi neçessitat, cómo venía e qué es lo que avía menester*». Llegado a este punto límite, P.T. finalmente se descubre: «*le conté el caso de mi venida, e por qué avía venido a pie, e cómo non avía menester ninguna cosa, que yo traya asaz para mi camino, mas que, por visitarlo e hablar con él, me avía llegado en aquél ábito*». La reacción del conde tras el simpático entremés no se hace esperar: «*me abrazó tan estrechamente*»..., le ofreció todo lo suyo y regaló espléndidamente (pp. 38-39).

¿Por qué ha actuado así Tafur en esta «escena»? Ya hemos señalado que Malcolm Letts la comenta perplejo. Antes que nada, pensamos, por divertirse. Aunque ese juego teatral redunde a la larga en prestigio, su esencia es casi exclusivamente lúdica. Puede que P.T. se comportara cotidianamente de esta manera, es decir como un simpático payaso o bufón, delante de aquellos a los que era inferior y ante quienes pretendía resultar, ya que no poderoso, sí al menos agradable y simpático. Pero no nos importa tanto esa faceta de su carácter como el hecho de que P.T./autor la juzgara digna, natural y legítima para su *Tratado*, no pensando que menoscabara su «figura» en la obra, sino al contrario que la iba a enriquecer, en cuanto que provocaría entretenimiento y diversión a sus lectores, cuando menos tanto como había producido el hecho, en su recuerdo, en el mismo conde de Urbino y los suyos.

No será ésta la única ocasión en que P.T. se disfrace, simule o mienta, a veces en evitación de peligros, pero otras por simple diversión. P.T. se disfraza para poder visitar la mezquita donde —según le dicen y él cree—, estuvo el templo de Salomón. Se complace al contar su aventura, destacando sin vergüenza los elementos más novelescos de la misma: que entró con un moro «*vestido de su ropa*», y que «*si yo fuera conocido por xpriano luego fuera muerto*» (p.63). De hecho, el itinerario de la aventura más o menos novelizada es una posibilidad del relato que añoramos que P.T. no haya explotado más a fondo, aunque se puede detectar en la obra un cierto progreso, desde el detallismo y narración básicamen-

te estática de la primera parte (Roma, Constantinopla...), hacia la más rápida sucesión de la acción narrativa, aderezada con más elementos de aventura y humor. P.T. corre los previsibles peligros en el extranjero, bien sea por su condición de cristiano (pp.63), bien por ser confundido con catalán (p.73), siempre —si nos fiamos de su palabra— cerca de la muerte; es perseguido por una nave turca (pp. 10-11 y 25); es raptado (pp.162-64); pasa por peligrosas tormentas (pp. 10-11 7 190-91), y por padecimientos extremos, desde el irresistible calor del desierto del Sinaí, *«que dudaba onbre de poderlo sufrir»* (pp.91-92), hasta los fríos, por los que *«se me ovieron de caer de frío todas las muelas e los dientes»* (pp. 280), sin contar las lógicas enfermedades (ya citadas, pp. 11 y 67).

Precisamente por esa práctica ante las incesantes dificultades del viaje, P.T. está acostumbrado a la mentira y a la simulación, como nos demuestra en su encuentro con el aventurero Nicolò d'Conti: *«llegóse a mi e preguntóme quién era, e qué fazía allí, e qué arte era la mía; e yo le dixé cómo era de Italia e me avía criado con el rey de Chypre, e que avía venido a Babilonia por su mandado, al Soldán, e con su liçençia avía venido allí, e aún entendía pasar en la India»* [Vaya sarta de mentiras ha improvisado P.T. en un momento]. La razón es, podemos suponer, que no se fía en un principio del recién llegado, y miente como medida de cautela. Sin embargo, cuando Conti le contesta con serios argumentos, P.T. se arrepiente y rectifica: *«yo, mirando cómo era persona grave e discreta e de buen gusto, díxele cómo era yo fidalgo e cavallero natural d'España»* (pp. 95-96). En Constantinopla tiene P.T. otro encuentro que se cuida de narrar con una cierta tensión y que desemboca en un inesperado final: *«un cavallero de su casa [del Emperador], que allí estava me fizo convidar (...) E al día siguiente, después de oyda missa, fui a casa de aquel cavallero que me estava esperando, e comí con él e mostróme su casa e muger e fijos, tratándome muy amorosamente; e después de comer, mandó yr a todos de allé e él entró en su cámara e púsose un collar de oro descama de la divisa del Rey nuestro señor e salió a mi, e fabló en lengua castellana e dixo: «Cavallero (...) en todo tenés un castellano a par de vos»»* (pp. 149-50). No importa el nombre del caballero, importa la sorpresa inusitada del golpe escénico final, de nuevo plenamente teatral, sorpresa que P.T. logra transmitir al lector, pese a alguna tosquedad en la gradación del relato. En Ferrara, y ante el Emperador de Constantinopla, ocurre una curiosa anécdota de la que vuelve a despuntar un P.T. tan mentiroso como ingenioso: *«me despedí dél, e fui a reposar, e quitéme la barva, que traya muy luenga, por ruego de los castellanos; e otro día, vestido a la manera nuestra, fui ver al Emperador, e como me vido, dixo que le pesaba mucho por lo que yo avía fecho en tajarme la barva, que es la mayor onra e el mayor bien que los onbres tienen; yo le respondí: «Señor, nosotros por el contrario lo tenemos, que sinón por grant dapño, jamás nunca la traemos»»* (pp. 221). Piadosa mentira a la que se ve obligado un viajero que debe armonizar sus costumbres con las de los pueblos que visita, y recurrir a la falsedad cuando, como en este caso, no hay más remedio que hacerlo así.

En todos estos casos, el comportamiento de P.T. se puede resumir como el de un simpático, malicioso y espabilado «pícaro», que no tiene escrúpulos en disfrazarse o mentir, para salvar el pellejo a veces, pero también por simple

diversión y curiosidad, o que en todo caso cuenta, quince años después, los casos en los que se vio en verdadero peligro, desprovistos ya de dramatismo y con la distancia serena del hombre experimentado que ríe de su imprudencia pasada, que le llevó a veces al borde de la muerte. Y hemos utilizado a sabiendas la palabra «pícaro»; porque no queríamos descartar, sino hacer despertar una relación entre el *Tratado* y los diversos «tratados» de andanzas y viajes del mismo Lázaro de Tormes. Naturalmente, se puede trazar un vínculo de unión, gracias a la utilización autobiográfica del humor, desde el *Libro de buen amor* hasta *Lazarillo*, pasando por el *Spill* o *Libre de les dones* de Jaume Roig. En todos ellos nos encontramos con narraciones ficticias, a diferencia del *Tratado*. Pero ¿no utiliza también P.T., como los autores de estas obras, el modo de relato autobiográfico como recurso para aumentar los efectos del humor?

Hay en esta última faceta una gran coherencia entre el P.T./autor y el P.T./personaje, la coherencia que falta en las otras facetas: P.T./hidalgo, P.T./comerciante... P.T./autor utiliza abundantemente la clave del humor, mientras que P.T./personaje demuestra en algunos episodios poseer un sentido del humor digno del autor del *Tratado* de sus andanzas y viajes, es decir, digno de sí mismo. De nuevo, como ha ocurrido con el L.C., la obra puede interesar muy especialmente al historiador de la literatura por esa utilización original de la autobiografía (y en este caso unida al humor), difícil de hallar en las obras del XV peninsular, y que opone el modelo del *Tratado* al relato ortodoxo de la *Embajada*, singularizándolo dentro del género de la literatura de viajes.